

La Esfera

Año II.—Núm. 59

13 de Febrero de 1915

ILUSTRACION MUNDIAL



CÁMARA

SIR DAVID BEATTY

DIBUJO DE GAMONAL

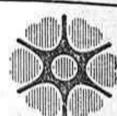
Vicealmirante de la Armada inglesa, jefe de la escuadra que echó á pique varios buques de guerra alemanes en el combate naval librado recientemente frente á la isla de Heligoland

MADRID



DE LA VIDA QUE PASA

¡EL AÑO DEL DIOS MOMO!



ESTE año de 1915, al recoger, como recoge dignamente, la herencia de sangre y fuego que tuvo á bien legarle su inolvidable papá el 14, ha de ser para las nueve décimas partes de Europa el año de Marte devastador, de Belona furibunda, de Plutón hartándose de carne humana en los infiernos, de las Parcas y las Furias en todo el cruel é implacable ejercicio de sus funciones.

Para Madrid — ¡oh Madrid venturoso, Madrid sin parigual, Madrid dispuesto á matar de envidia á todas las demás capitales de Europa! — este año de 15 será el año felicísimo en que Madrid aclamará por calles, plazas y paseos, *si el tiempo lo permite*, al dios de las risas y las burlas, al Momo que se mofó del propio Zeus en sus olímpicas barbas, porque al crear al hombre, se olvidó de ponerle una ventanilla en el pecho, para que se viera bien lo que llevaba dentro este perpetuo juguete de los dioses, pero también maligna y peligrosa criatura.

Si. Mientras las grandes ciudades europeas, cascadas ya de la terrible y pesadísima lucha, atribuladas ante el sombrío porvenir, pero todavía enérgicas y cumplidoras del Deber, hacen lo que pueden para contrarrestar la bárbara imposición del Destino y se resisten contra las deidades de la sangre y el fuego, de la matanza y la devastación, nuestro amado, nuestro inefable Madrid, riéndose de aquellas «salpicaduras» con que tanto se ha amenazado á la Madre España, se arroja brava y gallardamente en los brazos del dios Momo al modo que un novillero temerario se echa entre las astas de un toro del Colmenar.

Así lo ha dispuesto el Excelentísimo Ayuntamiento, rindiendo gentil tributo á la placentera y picante *eironía*: lindo vocablo helénico que hacía las delicias de Alfonso Daudet. Ha sido toda una felicísima «ideica» entre las tan exiguas como torpes que de ordinario se les ocurren á los administradores de esta villa coronada... de abrojos según Galdós; de flores y de risas en este año, de 1915. Y ello será, ello se verá, ello se disfrutará, si algún otro dios, envidioso y airado, no fuerce el carro triunfal de Momo, el día mismo en que el presente número de LA ESFERA salga á la calle entre la algazara y el cascabelo de las Carnestolendas matritenses: singular contraste — que merece ser verdaderamente histórico — con el angustioso y siniestro Carnaval de la guerra europea.

¡Madrid de mi vida! Eres único en tu clase, y tienes además un Alcalde y unos ediles — clamés



Detalles de la cabalgata que se celebra anualmente en Niza, con motivo de las fiestas de Carnaval

contra ellos cuanto quieras clamar — que verdaderamente no te los mereces. ¿Para cuándo son las risas y las burlas, los gastos y los lujos? Para las ocasiones. Si á la ocasión la pintan calva, la ocasión no puede ser hoy más calva en Europa entera; porque lleva sobre sus descarnados hombros la mismísima calavera de la Muerte. Conocido el programa de la farándula con que el Ayuntamiento renueva, ameniza y embellece el ramplón Carnaval de los Madriles, no tengo para qué divagar acerca de «los elementos que lo integrarán» como suelen decir los oradores cursis y escritores de mogollón. Será, sobre poco más ó menos, una especie de prólogo en grande del tradicional y grotesco entierro de la Sardinia.

Lo único que me preocupa (porque á pesar de serias y tenaces indagaciones no he podido averiguarlo, ni tampoco ha querido decírmelo El

y opulentas ciudades europeas, las mismas que un año há se mofaban, entre pomposas diversiones, de las pobres tonterías con que Madrid se divierte? He aquí, lector indulgente, la múltiple duda que me viene enturbiando, por no decir amargando, el gusto supremo que á un alma generosa brinda el triunfo del dios Momo en el Carnaval madrileño, cuando tan lúgubre y sangriento es el Carnaval por ahí afuera. Sea quien fuere el que haga de dios Momo (ó de dios *Memo*, dirá el vulgo zumbón), es de suponer que sepa latín, pues Momo era dios de los romanos, y en tal caso, y si lleva algún lema en su carroza triunfal, el lema debe ser éste, y puesto en letras gordas: «EXTREMA GAUDII LUCTUS OCCUPAT.» O lo que viene á ser lo mismo en romance vulgar: «Al freir será el reir.»

MARIANO DE CÁVIA

Caballero Audaz), es saber qué padre ó hijo de familia, qué ciudadano suelto ó funcionario municipal, qué nacional ó extranjero, qué histrión ó mercenario ó caprichoso humorista, llevará en sí la figura ó figurón del Dios Momo.

¿Será algún risueño Concejal, que se preste á la suerte *in honorem tanti festi*? ¿Será alguno de los gallardos alguacillos, de los que tan hábilmente recogen la llave del toril de manos presidenciales? ¿Será algún barrendero escogido, de esos de buen ver y amplias hechuras? ¿Será algún diputado, senador, ministro ó cosa así, de esos que á sí propios se tienen condenados *á chiste perpetuo*? ¿Será algún comediante de esos que, no logrando hacernos reir en el teatro, quiera provocarnos á risa en la vía pública? ¿Será algún divertido y favorecido representante de los jornaleros sin pan y sin trabajo? ¿Será algún casero burlón entre los burlones, de los que todo el año se están burlando de los tristes inquilinos como del Ayuntamiento de Madrid?

¿Será algún francés, alemán, belga, inglés, moscovita ó turco que con este éfmero y callejero triunfo quiera aliviarse en los alegres Madriles de los dolores de la guerra europea? ¿Será el chupóptero y farolero Fulano, que con tal de exhibirse y cobrar alguna cosa, pasa por todo? ¿Será el popular y profesional dipsómano que arrastra por el fango matritense el glorioso apellido de Garibaldi?... ¿Quién será, en fin, el que ejerza de Dios Momo en la farándula con que Madrid, de orden oficial, se apresta á reirse en el Carnaval presente de todas las congojas y dolores que abruma á las grandes

LOS QUE FUERON

MANUEL TAMAYO Y BAUS

García Gutiérrez estuvo batallando dos años para estrenar *El Trovador*; lo propio le ocurrió á Florentino Sanz con *Don Francisco de Quevedo* y, si pasamos revista á todos los autores, antiguos y modernos, hallaremos que la inmensa mayoría, la casi totalidad, sufrió un verdadero calvario antes de llegar al estreno de su primera producción.

Por una aberración tan absurda como inexplicable, las empresas y los cómicos desdeñan á los autores desconocidos, hasta el extremo de no querer leer sus obras, y, si alguna vez las leen, cediendo á la presión de importantes recomendaciones, fallan desde luego que son irrepresentables. Tal fué el caso de *El Trovador*, cuyo estreno entró como cuña en el beneficio de un actor que no tomaba parte en la obra.

El célebre autor cuyo nombre encabeza estas líneas, fué una rarísima excepción de la regla general: hijo de actores, puede decirse que estrenó sus primeras obras en su propia casa. De sorprendente precocidad, cuando contaba doce años tradujo y arregló *Genoveva de Brabante*, que se estrenó con excelente éxito en un teatro de Granada, allá por el año de 1841. A este propósito dice D. Aureliano Fernández-Guerra:

«... en el estreno del interesante drama, bien acomodado á nuestra escena, pedía el público granadino salieran á las tablas para recibir legítimos aplausos el autor del arreglo y la incomparable actriz que había sabido realzarlo á maravilla. Tiernísimo espectáculo fué, al alzarse el telón, contemplar á Joaquina Baus, raro prodigio de talento y hermosura, estrechando contra su regazo, toda conmovida, á su pequeñuelo hijo, al novel ingenio, que por lo añorado del rostro parecía no haber salido aún de las angélicas horas de la infancia.»

¡Con qué envidia leerán esas líneas los autores inéditos que se pasan una buena parte de su vida gestionando el estreno de su primera obra!...

José Tamayo, marido de Joaquina Baus, era un actor mediano, de mala memoria, por lo cual se equivocaba frecuentemente—y el público se lo agradecía—que se encontraba impuesto por su mujer.

Después de aquel su primer ensayo en el teatro de Granada, tradujo y arregló *libremente*, *La doncella de Orleans*, de Schiller, que se estrenó, también por sus padres, en el teatro de la Cruz de Madrid en 1847, con buen éxito. La tercera obra que dió al teatro fué un drama original, en cuatro actos, exageradamente lúgubre y romántico, de versificación altisonante y campanuda, de los llamados *de tumbayhachero*, y que se titulaba *El cinco de Agosto*. El éxito fué mediano. Contaba entonces Tamayo dieciocho años.

En colaboración con D. Luis Fernández-Guerra y D. Manuel Cañete escribió otro drama romántico, *El juramento*, que no llegó á representarse.

Hay un espacio de cinco ó seis años, durante el cual escribió Tamayo y Baus obras de circunstancias, algún melodrama disparatado, como *Fernando el pescador ó Málaga y los franceses*, una comedia en colaboración con sus inseparables Fernández-Guerra y Cañete y algunas piezas cómicas en un acto.

Su primera obra de importancia, estrenada en 1852, fué *Angela*, drama en cinco actos, arreglo de *Intriga y amor ó Luisa Miller*, de Schiller. Tuvo el mal acuerdo de anunciarlo como original; y aunque el drama alcanzó un gran éxito y Teodora Lamadrid obtuvo un brillante triunfo personal en la protagonista, la crítica trató mal á Tamayo, acusándole de plagiarlo: él puso un prólogo á su obra, «indicando los pasajes y situaciones que, aparte del pensamiento principal, había tomado de Schiller»; pero eso no bastaba y llegaba tarde: la calificación de las obras escénicas se ha de hacer constar en el cartel, que es á lo que atiende el espectador: el prólogo es para los lectores. Interpretaron los principales papeles de *Angela*, que se estrenó en el teatro de Variedades (calle de la Magdalena), además de Teodora Lamadrid, María Rodríguez, Lorenza Campos, Joaquina García, Joaquín Arjona, Manuel Ossorio y José Calvo.

Un año después de *Angela* escribió *Virginia*, tragedia en cinco actos y en verso, la cual tampoco brilla por su originalidad, pues antes se habían escrito ya muchas obras con el mismo asunto y hasta con el mismo título. D. Leopoldo Augusto de Cuetio, luego Marqués de Valmar,

dijo en la *Revista Española*, después de examinar «una por una todas las *Virginias* que se escribieron en Europa después de la española de Juan de la Cueva, á fines del siglo xvi, hasta la de Latour de Saint-Ibars, representada en París en 1845, que la de Tamayo es la mejor de todas.» Y así es la verdad; no deja nada que desear literariamente, y en el sentido político es acentuadamente liberal y democrática.

El estreno de *Virginia* ocasionó ardientes polémicas y hasta dió motivo á algunos duelos. Lozró, pues, el ya eminente autor caldear la atmósfera y ser apasionadamente discutido.

El drama histórico, en cuatro actos y en verso, *La rica hembra*, escrito en colaboración con D. Aureliano Fernández-Guerra, obtuvo un éxito franco de público y de prensa. Se estrenó el 20 de Abril de 1854, en el Príncipe, por Teodora Lamadrid, Mercedes Buzón, los hermanos Arjona, José Calvo, Manuel Ossorio y otros.

Con dos obras de subido mérito, *La locura de amor* y *La bola de nieve* y otras de relativa importancia, terminó la que puede llamarse primera etapa de la vida literaria de D. Manuel Tamayo y Baus. La primera de dichas producciones es una verdadera joya, y el carácter de la desgraciada reina Doña Juana, llamada *la loca*, una creación maravillosa, ó más propiamente, una evocación genial, de la cual se puede decir: «Si no fué así, así debió ser.» *La bola de nieve* es un modelo del drama de costumbres modernas, con el solo defecto de estar escrito en verso. Como el asunto y el argumento reclaman la prosa imperiosamente, de la innecesaria versificación resulta el diálogo poco natural y hasta amanerado en muchas de sus principales escenas. Como pensamiento, como plan y como desarrollo, es una de las mejores obras de Tamayo.

La locura de amor, en cinco actos y en prosa, se estrenó en el Príncipe, á beneficio de Teodora Lamadrid, el 12 de Enero de 1855; y *La bola de nieve*, en cuatro actos, en el mismo teatro, á beneficio de Joaquín Arjona, el 16 de Mayo de 1856. Esta fué la última que firmó con su nombre. Durante seis años se estrenaron muchas traducciones del francés que se le atribuyen, unas firmadas con el seudónimo de *José María García*, otras con el de *Juan del Peral* y alguna con el de *Eduardo Rosales*.

En 1858 fué elegido académico de la Española y en 12 de Junio del mismo año, cuando aún no había cumplido veintinueve de edad, tomó posesión de dicho cargo. En su discurso de recepción trató *De la verdad como fuente de belleza en la literatura dramática*; pero no como entiende la verdad la escuela naturalista, sino proscribiendo de la escena todo lo feo, lo repugnante y lo monstruoso, proclamando que sólo se debe llevar al teatro lo bello y lo poético de la naturaleza.

Desde el punto y hora en que fué académico rectificó por completo sus ideas políticas, las ideas liberales y democráticas de que había hecho gala en su tragedia *Virginia*, prohibió las representaciones de esta obra y firmó todas las que escribió después con el seudónimo de *Don Joaquín Estébanez*. La primera fué *Lo positivo*, lindísima comedia escrita en prosa, que, aunque él confiesa que la tomó del francés, pudo, en justicia, llamarla original. En francés se titula *Le due Job*, tiene once personajes, cuatro actos y cincuenta escenas. *Lo positivo* tiene cuatro personas, tres actos y veinticuatro escenas. ¿Pudo, ó no pudo llamarla original? La labor de Tamayo en esta comedia es finísima y delicada. Se estrenó con éxito brillante en el teatro de Lope de Vega el 25 de Octubre de 1862, por Teodora Lamadrid, Joaquín y Enrique Arjona y Juan López Benett.

Un año después, el 1.º de Septiembre de 1863, estrenó en el teatro del Circo *Lances de honor*, drama en tres actos, original y en prosa. Gustaron mucho primero y segundo acto y el tercero decayó lamentablemente «por dar demasiada extensión á la enseñanza moral que de la obra se desprende» y también por su sentido reaccionario. Y llegamos después de algunas obras cómicas imitadas del francés, entre ellas *Más vale maña que fuerza*, que es una filigrana, á su obra magna, á la que se debe colocar encima de todas las suyas, y ya comprenderá el lector que me refiero á *Un drama nuevo*. El éxito fué grande, inmenso, excepcional, de los que hacen época y colocan á un autor en la cumbre de la inmortalidad. El público llegó hasta el entusiasmo deli-



MANUEL TAMAYO Y BAUS

rante y la crítica hasta el elogio hiperbólico, todo ello merecidamente. Se han hecho muchas ediciones de esta obra y varias traducciones. Se estrenó en el teatro de la Zarzuela el 4 de Mayo de 1867, por Victorino Tamayo, Teodora Lamadrid, Ricardo Morales, Francisco Oltra, Juan Casañer, Emilio Mario y José Alisado. Todavía se representa con gran éxito.

Después de un arreglo del francés, titulado *No hay mal que por bien no venga*, en tres actos, que se estrenó con buen éxito en el teatro de la Zarzuela el 23 de Diciembre de 1868, tuvo la mala tentación de escribir una comedia titulada *Los hombres de bien*, que era una sátira sañuda y sangrienta contra la Revolución de Septiembre y contra algunos personajes muy conocidos. Se estrenó en el teatro de Lope de Rueda el 16 de Diciembre de 1870 y, como no podía menos de suceder, fracasó ruidosamente. Como daba la casualidad de que la Revolución había dejado cesante á Tamayo de un destino que desempeñaba en la Biblioteca de San Isidro, había motivo para creer que en su sátira actuaba de juez y parte. Con *Los hombres de bien* se despidió de la literatura dramática el glorioso autor de *Un drama nuevo* y con razón puede decirse que su despedida fué *sonada*...

El 3 de Diciembre de 1874 fué elegido Secretario perpetuo de la Academia Española y el 12 de Octubre de 1884, le nombró D. Alejandro Pidal, siendo ministro de Fomento, Director de la Biblioteca Nacional.

Mucho se ha discurredo acerca del motivo que pudo tener Tamayo para firmar con un seudónimo sus obras dramáticas en su segunda etapa literaria. Muchos han creído que procedió de tal suerte por su condición de académico, para no exponer la respetabilidad del cargo á un desaire del público en una posible equivocación; pero como todo el mundo sabía que D. Joaquín Estébanez era D. Manuel Tamayo, tal previsión resultaba ilógica é innecesaria. La versión carece de base. Otros han creído tal vez con algún fundamento, que sus ideas reaccionarias, en lo político y en lo religioso, y su íntima amistad y compenetración con Pidal, Cañete, Catalina, Nocedal (D. Cándido), Fernández-Guerra y otros calificadoseos (así se llamaban entonces los clericales), fueron la causa de su extraña determinación. Ya que algunos de ellos no pudieron triunfar en el Teatro, habiéndolo intentado con tenaz empeño, lo natural era que se aprovecharan de la exaltación religiosa de Tamayo y le aconsejaran su renuncia á la gloria hurtando su nombre (y su cuerpo) á los aplausos del público. Quizás fué por voto espontáneo del propio autor, que voluntariamente se impuso esa *penitencia*.

Cuando dejó de escribir para el Teatro tenía 41 años y estaba en la plenitud de sus maravillosas facultades creadoras. Fué una verdadera lástima, porque tenía todas las condiciones del genio y aún hubiera podido dar muchos días de gloria á la escena española.

D. Manuel Tamayo y Baus nació en Madrid el 15 de Septiembre de 1829 y murió en esta misma villa el 20 de Junio de 1898.

FRANCISCO FLORES GARCÍA



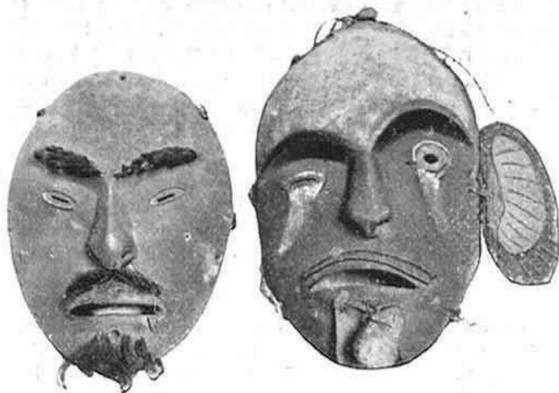
EL ORIGEN DE LA CARETA



Careta destinada al actor "trágico" en las primitivas representaciones del teatro romano

El origen de la careta remóntase á los antiguos tiempos del Egipto, pero su aplicación era entonces la más opuesta á la que se le da actualmente. Usábase para cubrir el rostro de los cadáveres, como lo atestiguan las momias encontradas en diferentes ocasiones, y algunas de las cuales se conservan en los Museos. Estas mascarillas, lejos de tener por objeto desfigurar á las personas, tenían el de reproducir sus facciones con la mayor fidelidad posible á fin de perpetuar en los seres queridos el recuerdo del difunto. Obedecía esta costumbre al propósito de resguardar el rostro, como las demás partes del cuerpo momificado, de la acción atmosférica.

Dado su carácter, exclusivamente funerario,



Caretas esquimales

se comprende que no tuvieron horadados los ojos ni la boca, puesto que no tenían que dejar paso á la vista ni á la voz, como las que hoy se usan.

Los fenicios siguieron también esta costumbre, de cubrir con mascarilla el semblante de los difuntos, y consta que en Grecia se utilizó para el mismo objeto la careta. Pero surgiendo nuevas invenciones á medida que la civilización avanzaba y modificábanse los usos, al hacerse costumbre la representación al vivo de los poemas escénicos, en Grecia, dióse á la careta la nueva aplicación de figurar un rostro distinto del que debía cubrir, para dar propiedad al personaje representado. A estas primitivas manifestaciones escénicas débese la transformación de la careta. A más de dar expresión adecuada á los personajes, tenía por



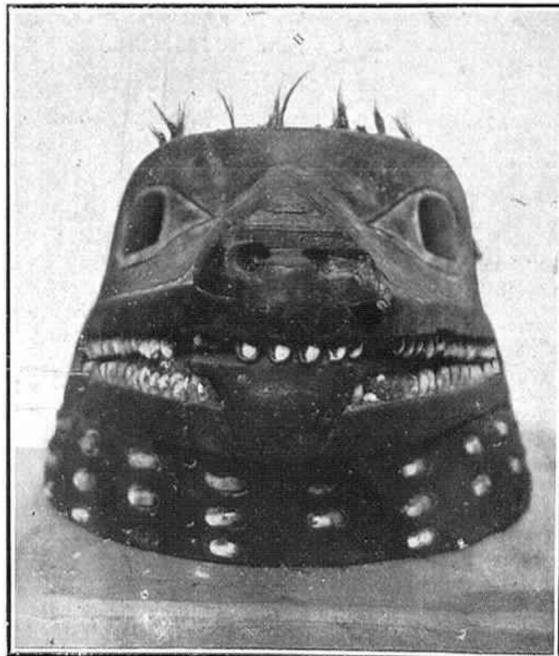
Careta de Oceanía



Escultura representando á un actor del teatro romano con la careta

objeto dar sonoridad á la voz, pues siendo las representaciones al aire libre, era indispensable recurrir á este procedimiento para que los espectadores pudieran escuchar lo que los cómicos declamaban; las bocas de todas ellas, en forma de bocina demuestran bien claramente este propósito.

Limitados entonces los horizontes del teatro, las caretas ofrecían también escasas variedades: trágicas ó cómicas, reproduciendo rostros femeninos ó varoniles semblantes, eran en resumen. Conforme fué avanzándose en el arte escénico fué dándose mayor amplitud á la expresión fisonómica de las caretas, que ya en tiempos de los romanos llegaron á ofrecer innumerables aspectos, correspondientes á muy distintos tipos.



Careta de Oceanía

En nuestro Museo Arqueológico consérvanse varias imágenes, en barro cocido, de caretas romanas y figuras de actores caracterizados con ellas.

Existen también curiosos ejemplares de caretas americanas, de indudable carácter teatral, á juzgar por su expresión y por el hecho de aparecer en ellas horadados los ojos y la boca. Teniendo en cuenta las descripciones que de las



Careta destinada á la "dama" en las primitivas representaciones del teatro romano

danzas y de las pantomimas escénicas existen en algunas obras, dedúcese que estas caretas eran utilizadas por los cómicos para representar escenas burlescas. Los ejemplares que de estas caretas existen en el Museo Arqueológico son de madera y están pintadas de vivos colores. Una de ellas figura la cara de un tuerto; tiene las orejas postizas, movibles y de gran tamaño, lo que demuestra que ya se servían de una primitiva mecánica para producir efectos escénicos.

La careta japonesa, que tan artístico carácter ofrece, aun en nuestros días, data de tiempos muy remotos y fué usada en ceremonias religiosas, fiestas cortesanas y representaciones teatrales.

En la Edad Media, y en la llamada «Fiesta de



Caretas japonesas

los locos», que como derivación de las saturnales romanas, celebrábanse en los templos con motivo de las festividades de Navidad, los bufones que en ellas tomaban parte, cubrían su rostro con caretas monstruosas. Estos festivales, groseros é impropios del sagrado lugar en que se efectuaban, fueron tolerados por los primeros obispos de la Iglesia para facilitar la transición del paganismo al cristianismo, y dieron al uso de la careta el carácter que hoy tiene. De Italia, donde según todos los datos se adoptó para las fiestas de Carnaval, pasó á Francia, donde se generalizó su uso en la Edad Media.

Los carnavales venecianos contribuyeron á extender el empleo de la careta, de tal modo, que no solamente se utilizó para las fiestas carnavalescas, sino que llegó á adoptarse para muchos lances de la vida azarosa de aquellos tiempos.



Careta japonesa

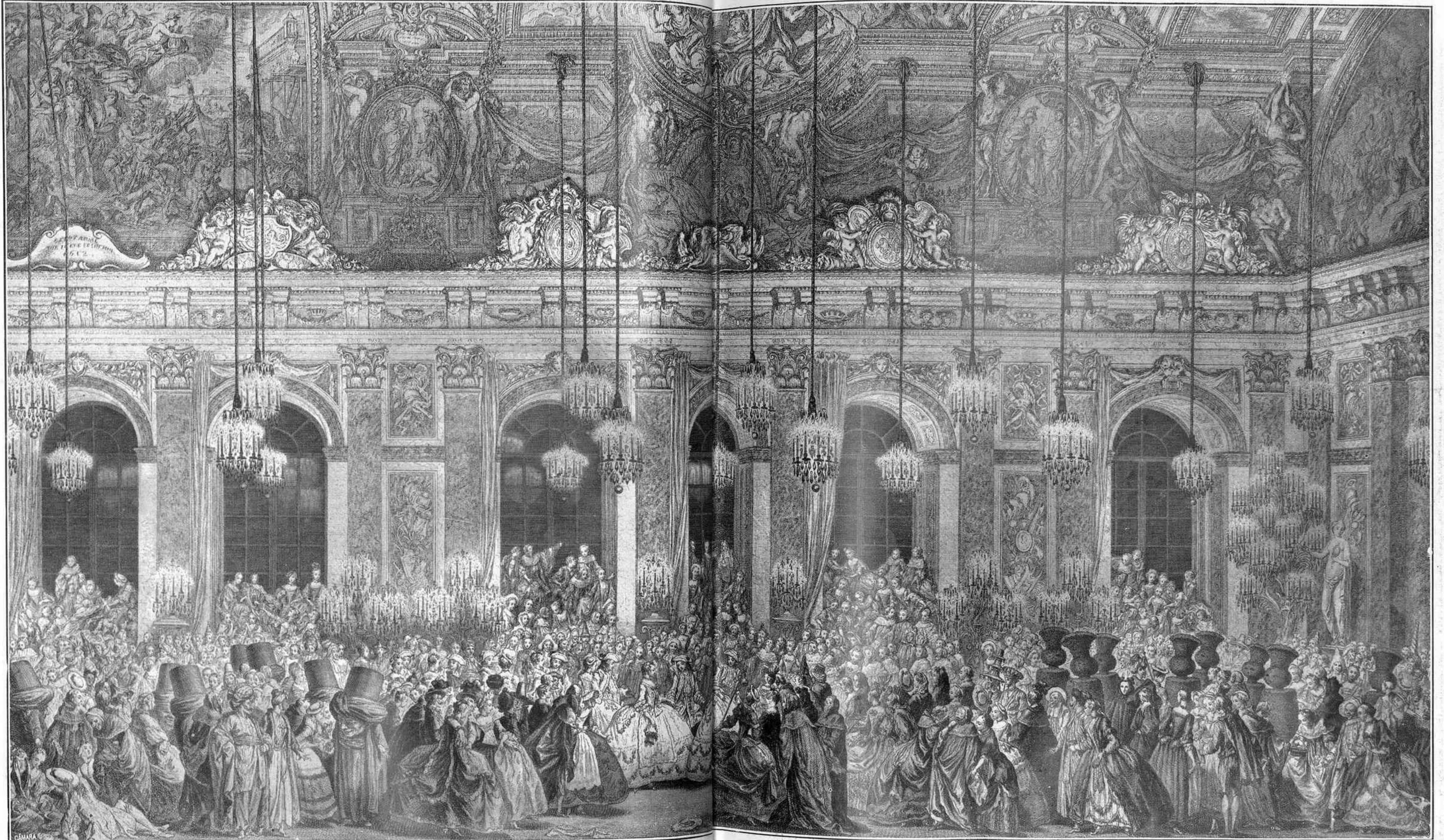
LA ESFERA

CARNAVALESCA



LA CANCIÓN DE PIERROT
Dibujo de Brand

ATENE
* BIBLIOTECA *
1912



Baile de máscaras celebrado en el Palacio Real de Versalles con motivo de la boda del Delfín Luis XIV con la infanta María Teresa de España, hija de Felipe IV, en la noche del 25 de Febrero de 1659
De un dibujo de Cochin, existente en la Biblioteca Nacional

ATL
BIBL
NACIONAL

LA ESFERA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



EL ENTIERRO DE LA SARDINA

Cuadro de Goya que se conserva en la Academia de San Fernando

LO QUE FUÉ ESTUDIANTES Y MASCARAS

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)



El notable actor Bonifacio Pinedo

Qué distantes aquellos días del Carnaval de 1878, y eso que la rapidez con que vuela el tiempo, nos lleva á presumir que fué ayer como quien dice, cuando marchó á París la estudiantina española, tan aplaudida por los franceses como agasajada por las francesas!...

Pues no, señor, no fué ayer, sino hace treinta y siete años, cuando al acercarse el mes de Marzo, varios jóvenes concibieron el propósito de organizar una *tuna* é ir con ella á la capital de Francia, para lucir los clásicos manteos, los antiguos tricornos y las inevitables cucharas, emblema de la existencia aventurera y miserable del sopista. La estudiantina á que aludo se formó con verdaderos estudiantes; por entonces aún tenían gusto y humor los alumnos universitarios para organizar comparsas y con pretexto de ellas darse durante cuatro días un verdadero hartazgo de jaleos, bailes y cuchipandas. Las muchachas salían á la calle ansiosas de oír los piropos de los *zuavos*, *mefistófeles* ó *tunos*, que en los días de antrúejo, no se daban punto de reposo, y al fin de las alegres jornadas, había en muchas almas las huellas melancólicas de varias ilusiones perdidas y en todos los cuerpos, el molimiento consiguiente á un ajetreo atroz.

Pocas estudiantinas tan sonadas como aquella que estuvo en París. A su frente, en calidad de director artístico, iba Bonifacio Pinedo, escolar entonces, después comediante famoso, malogrado hace algunos años. El organizador de la *tuna*, su verdadera alma, fué un alumno de Medicina, muy notable, que luego se hizo médico y como tal ha ganado honra y provecho. De Zabaleta hablo, y muchas veces, cuando le he visto en San Sebastián, señor respetable, simpático, estimado por todos, recuerdo su entrada triunfal en Madrid de regreso de Francia, al frente de sus camaradas, luciendo sus glorias parisinas entre los acordes bullangueros de un pasodoble.

Dió que hablar mucho y bueno aquella estudiantina, formada con 16 guitarras, 10 violines, seis bandurrias, ocho flautas y 10 panderetas. Tocaron estos instrumentistas, los más de afición, en los principales centros de París, y produjeron entusiasmo resonante con los acordes briosos de la jota, los lánguidos compases de la Habanera, que todavía figuraba como aire nacional, y las morunas cadencias andaluzas.

Sobre todo, las panderetas, consiguieron felicísimos éxitos; bien que en la época á que aludo, había siempre en las aulas unos cuantos mozos que manejando los panderos chiquitos y ensajnados hacían verdaderos primores. ¡Era de verlos, al frente de los demás músicos, dando saltos y cabriolas y haciendo sonar el parche con la mano, el codo, la cabeza y los pies!

Se comentó el feliz éxito de la comparsa que visitó á París, porque la noble expedición produjo en la capital de la República francesa una gran corriente de simpatía hacia España.

Nuestra querida Patria hallábase convaleciente de sus continuas guerras; terminada la de Cuba, resurgía con ansias de vida pacífica progresiva, con afán de desenvolver su riqueza después de mil trastornos é inquietudes, tras de haber consumido sus fuerzas en las contiendas civiles y en las coloniales.

Gobernaba Cánovas, el reaccionario Cánovas, como decían los liberales de la época, pero á pesar de la reacción, mostrábase muy vivo el afán de una política moderna, y ciertos elementos no tenían medios ni facilidades para realizar sus empresas conquistadoras.

En los periódicos de entonces, comentamos mucho la noticia de que algunos frailes trinitarios pidiesen licencia para fundar un convento en las cercanías de Madrid. Sonaba aquello de establecer un convento á cosa extraña y arcaica. El P. Mon, jesuíta de mucho prestigio, predicó en Huesca un sermón, y por hacer en él apreciaciones de palpitante actualidad, no religiosas, se le prohibió que después predicara en Zaragoza. Era Cánovas hombre de tal autoridad, no sólo por su inteligencia extraordinaria, sino por su



Pinedo, con el traje de Pierrot

carácter entero y resuelto, que no consentía ex-
tralimitaciones á nadie.

Pero, á pesar de ello, los periodistas le pegá-
bamos de firme, aguzando el ingenio para sortear
los riesgos de las denuncias. Precisamente las
fiestas carnavalescas de 1878, dieron lugar á muy
sabrosos calendarios políticos. En el Prado, era
donde se reunía el público para ver á los que
cubiertos con disfraces bromeaban á la concu-
rrencia. No había entonces carrozas, ni era como
ahora, extraordinario el número de carruajes
circulantes por Madrid. Sólo gastaban coche los
poseedores de cuantiosas rentas y tal cual mé-
dico que lo necesitaba como recurso para ejercer
su profesión.

Al Prado iba todo el mundo, durante las tardes
del Carnaval, para ver el desfile de vehículos más
ó menos lujosos y contemplar á los que daban
bromas, que solían ser como las de ahora, ne-
cias, cuando no impertinentes. Al Prado fueron
en 1878, los reyes. Don Alfonso XII, que era como
es su augusto hijo, demócrata práctico, afable y
atractivo, sin el menor detrimento de su alta re-
presentación, vió pronto asaltado su carruaje por
algunas máscaras. Junto al Monarca, conversan-
do con él, estuvieron durante las tres tardes, va-

rias personas perfectamente ocultas merced á sus
disfraces. El Rey, cariñoso y llano, dejó que le
hablaran, mantuvo animadísimo diálogos con
los desconocidos y rió sus ocurrencias.

En los círculos políticos—ya se habían tra-
zado los círculos famosos—se comentó mucho
lo de las máscaras del Prado. ¿Serían hombres
importantes de la oposición que iban á hablarle
al Rey mal de Cánovas? ¿Serían descontentos
del partido conservador que iniciaban á mansal-
va una peligrosa disidencia? Hubo explicaciones
para todos los gustos, se escribieron verdaderas
novelas y la murmuración encontró entreteni-
miento para muchos días, barajando invenciones,
malicias y absurdos, que, á la postre, fueron bo-
rrando en el olvido, sin dejar el más leve rastro.

Para dirigir censuras á las autoridades, tam-
bién se habló mucho de otros enmascarados que
por cierto no iban de broma sino muy de veras,
y no para celebrar los Carnavales, sino con el
protervo fin de apoderarse de lo ajeno. El mar-
qués de Mudela fué víctima de un robo organi-
zado por unos cuantos malhechores que cubrían
sus rostros con antifaces y resucitaron en la se-
gunda etapa del siglo XIX, tristes hazañas de sus
comienzos.

Buena paliza les dimos á los policías de en-
tonces por su increíble descuido y bien lamenta-
mos en los periódicos que aún subsistieran en
España males propios de las épocas obscuran-
tistas. ¡Y tanto como subsistían! Aún se llevaban
los cadáveres á las iglesias y se dejaban en ella
hasta el momento de conducirlos al cementerio;
aún para escribir en los papeles públicos, sin
riesgo de dar en la cárcel, era imprescindible
acudir á estratagemas que soslayaran la respon-
sabilidad; aún se sentía sobre el espíritu la pe-
sadbumbra de prejuicios autoritarios, de estorbos
tiránicos, bien que como en compensación de
todo ello, aún había fe, entusiasmo, calor, apa-
sionamientos y las almas no se consumían ni en
el estéril abandono de la indiferencia ni en el
sueño enervador del escepticismo...

Recuerdo como final de este capítulo, y esta-
bleciendo relación de lo pasado con lo presente,
que en aquellos días de Marzo de 1878, el rey de
los belgas estuvo en Berlín para visitar al Em-
perador. Aquel Monarca llevó su admiración por
el Gobierno germánico, hasta el punto de ir en
persona á casa de Bismarck para ofrecerle sus
respetos. Tal homenaje demostró el gran aprecio
en que tenía Bélgica al entonces flamante Imperio
tudesco. Los tiempos han cambiado tanto que al
cabo de los treinta y siete años, la visita de Leo-
poldo al famoso Canciller, la devuelven las tro-
pas alemanas entrando á sangre y fuego en las
ciudades belgas. Bien que Guillermo II, en su día,
arrojó del Poder al propio Bismarck, el insigne
político, ante quien se rendían con acatamiento
las testas coronadas.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



El Rey Leopoldo de Bélgica



EL MASCARÓN

No quería señá Cipriana, la prendera, cerrar tan temprano aquel lunes de Carnaval. La prisa que la estaba dando la buena pieza de su sobrino, era «motivá» por las ganas de largarse al baile, á gastar las perras y volver, si á mano viene, con la crisma rota.

El lunes de Carnaval era la gran ocasión de alquilar los mantones que se ostentaban en el escaparate, y hasta las once y las doce estaban viniendo chullillas del barrio, modistas y ribeteadoras, á llevarse aquellos trapos castizos, donde pajarracos y floripondios desplegaban sus formas, sus asiáticos colorines. Noches semejantes engrosaban el cajón del mostrador, y después, el fajo de billetes que, ocultos por algún tiempo en el buró, salían luego para prestarnos á rédito serietico, del quince ó del veinte.

Tanto, sin embargo, la mareó el sobrino, alborotado por el olor de juerga que exhalaba el barrio entero, las calles regadas de *confetti*, los chiquillos vestidos de demonios verdes, azotando á los transeuntes con el rabo, que acabó por decirle:

— ¡Ay, hijo! No vayas á mal parirte. Cierra el escaparate, deja la puerta encajá, pa que si pasa alguna de esas, sepa que velo... Y listo, en aroplano, pa llegar más antes.

Por conciencia, el mozo, avisó:

— No debía usted velar. Cierre pronto. No quea usted bien, así sola...

— No me come el coco. Sola está una por lo regular...

Sin meterse en más advertencias, el sobrino requirió capa y gorra, y salió, al paso elástico de los que van hacia su deseo.

La prendera se sentó en la tienda, en su rincón favorito, notando lo mal que alumbraba aquel día la luz eléctrica, y su fulgor pálido y extraño.

— Como encienden pa tanta fiesta y tanto bailoteo... — pensó.

En la calle, también reinaba una especie de penumbra tristonera. Era de esas antiguas callejas de Madrid, en que los faroles parecen mortecinos candiles, y los rincones son sombríos y hasta siniestros. Otras veces, sin embargo, animaban aquella melancolía las barbianas que venían metiendo bulla de reires y decires, á alquilar no sólo mantones, sino caretas de seda, abanicos pericones y peinetas de carey. Acaso viniesen aún, á la media noche.

Las palabras de su sobrino la escarabajaban un poco, y nostalgias de cosas pasadas la asaltaron como impertinentes moscas. ¿Por qué no había ella de divertirse? ¿Por qué no había de volver á casarse? No era ningún vejestorio, apenas cuarenta, carnes lozanas, firme «dentadura» y mata de pelo gruesa y reluciente. Un marido la daría sombra, la ayudaría al negocio... El sobrinito, ya se ve, ¡si no fuese por la esperanza de la herencia!... Cariño, ni chispa.

Era señá Cipriana mujer de bien, pero de suma normalidad, sana y cálida de sangre. Se trató á sí misma de sosa. Se prometió echarse su mejor mantón por los hombros, y concurrir á verbenas y bailes. ¿Y si le hacían burla? ¡Qué la hiciesen! Ella á darse el gran pisto, con sus zarcillos de brillantes y su coche... Porque era

capaz de echar coche. ¿Para qué quería los ahorros?

Uno de los varios relojes de pared colgados en la tienda sonó, la media para las doce, y al punto mismo se abrió la entornada puerta, y entró un mascarón, de esos de colcha rameada y escoba en ristre. Una especie de informe capucha, de la misma tela de la colcha, cubría su cabeza, rematando el frunce en un ajado lazo de gro rojo. Una sucia careta de raso, rojo también, dejaba entrever, bajo el volante, una barba negra, rizosa. Con solicitud, la prendera interrogó:

— ¿Qué se le ofrece?

— ¿No tendría usted unos guantes?

— Veremos si los que hay le sirven.

Revolvió la señá Cipriana en un estante, y cuando se volvió presentando la mercancía, un montón de guantes limpios con bencina, unos desaparejados, otros desgarrados, que solían comprarle los cocheros de punto para limpiar los metales de sus coches, vió que el mascarón se

taba la suya, y con gesto ya inequívoco, murmuró:

— ¡A ver! ¡Cosas de la vía!

Las palabras decían uno y los mirares, ya encandilados, otro... Los dedos de la prendera se enlanguidecían en la operación, al par que preguntaba ávidamente:

— ¿Y usted en Cádiz tenía oficio?

— ¡Vaya! Mi buen taller de ebanista. Pero están malos los tiempos, y se ganaba poco. Por eso macordé de los atrasos... Un piquillo regular, ¡no se crea usted!

En otro momento acaso se hubiese fijado la señá Cipriana en que las yemas que estaba calzando no tenían callo alguno, y aunque fuertes, eran de holgazán. Pero la adormecían los ojos del cliente, enviándole su fluido, y, semirendida, consintió en el mariposeo de unos labios sobre su mejilla sofocada...

El mascarón, entonces, no respetando la valla, alzando la tabla que cerraba el mostrador, penetró en la tienda. Desató las cintas que sujetaban la colcha, y rogó:

— Yo no voy al baile esta noche, gitana... Que se fastidie el baile... Ahora mismo tiro esa puerta... Esto ha sido como un tiro, ¿eh? ¡La simpatía!

Sin esperar contestación, fué á cerrar, en efecto, dando vuelta á la llave y corriendo el cerrojo. Ella protestaba, en una reacción de bravía honradez:

— No, no, abra, váyase... Si es usted persona decente, se podrán hacer las cosas como manda Dios... No soy mujer de estos tratos, ¿lo oye usted?..

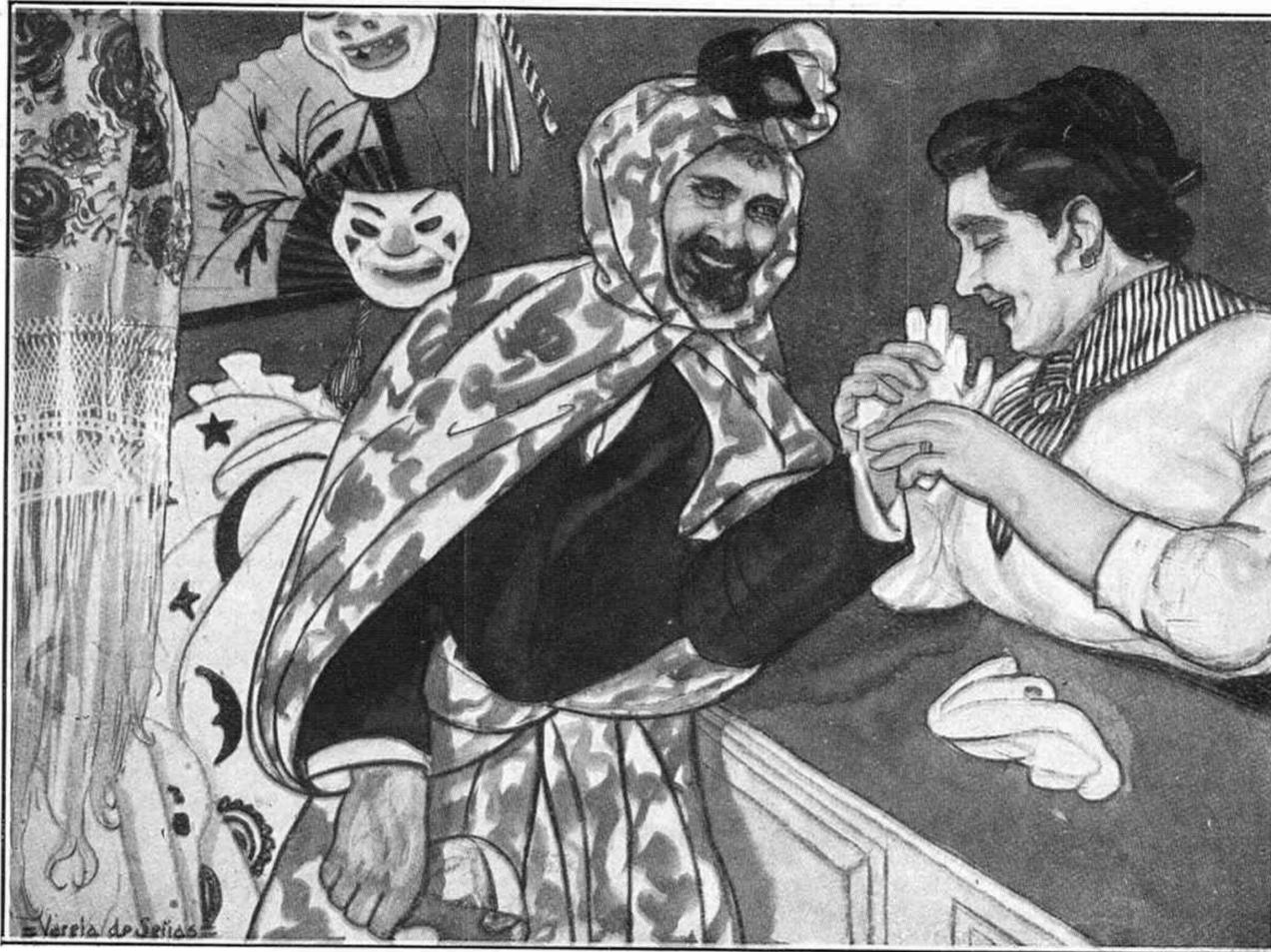
El la había cogido por la cintura, arrastrándola hacia el dormitorio, débilmente iluminado por una bombilla de á cinco, las favoritas de la económica prendera.

El mascarón empujaba violentamente hacia la gran cama dozada de matrimonio que ocupaba casi todo el aposento. Vencida la resistencia, cerró ella los párpados, y en la diestra del hombre brilló una faca antes de hundirse dos veces en el pecho de la víctima. Alzando luego el cuerpo, lo tendió, dejándolo debatirse en la agonía, sobre el lecho. Guardó el arma el asesino y sacó otros instrumentos profesionales. Abierta la cómoda-buró, la vista del fajo de billetes le arrancó una imprecación de alegría. Allí relucían los zarcillos, pero no los tocó: ¡no hay idea de lo que comprometen las joyas!

Salió luego á la tienda y tiró del cajón que tenía puesta la llave; arrastró con los puñados de pesetas y duros, vistió otra vez la colcha, ajustó la careta, apagó las luces, y salió, dejando la puerta encajada. En la primer alcantarilla arrojó los guantes salpicados de sangre. Y allá se quedó la señá Cipriana, rígida, con las pupilas reflejando el espanto de que el mascarón, en quien creyó ver al Amor, era la Muerte.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS



había quitado el antifaz, y era de recia contextura, guapo mozo, «un tipazo», como se dice.

Sonriente, el mascarón imploraba.

— ¿Querría usted ponérmelos? ¡A mí me va á costar un trabajo!..

— Apoye el codo sobre el mostrador...

Y empezó la prendera á desempeñar la grata faena de calzar los guantes á aquel buen tipo. Separados por la valla de madera, sus alientos casi se confundían, al tratar la señá Cipriana de embutir la mano nervuda del cliente en el canela, el par más decente de todos.

Los ojos del mascarón, insolentes de galantería, de nacarada córnea, húmedos de vida, bebían el rostro de la mujer. ¡Besaban ya aquellos atrevidos ojos!

— ¿Es usted de aquí? — preguntó ella por disimular la repentina emoción.

— No... Soy de Cádiz, ¿sabusté? He venío á cobrar un pico, unos atrasos. Me gusta mucho Madrid. De gana me quedaría. Al fin, solo como es uno, ¿qué más da un sitio que otro? Y usted... ¿tiene familia?

— No — tartamudeó la prendera. — Solita vivo desde que he enviudao... Cosas de la vía, ¿verdad usted?

El estrechó insinuante la mano que enguan-

EL ANTRUEJO

Bien venido sea. Así como así en estos benditos tiempos nunca está de más conocer, siquiera sea por tres días, en su verdadero estado, á los que se pasan el año ocultando sus vicios, sus defectos y sus pasiones.

Hemos,—mejor dicho—han calumniado al carnaval los que pretenden condenarlo como monopolizador del disimulo, del engaño y de la farsa.

El Antruego es síntesis, resumen, compilación. Bien mirados y mejor vistos, estos tres días sirven para que la sociedad refleje entre risas y carcajadas, chistes y bromas, su verdadero estado moral.

Si seguimos á través de la historia las transformaciones de esta fiesta, observaremos que ha ido degenerando á medida que han ido acentuándose en los pueblos las líneas de sus decaencias.

Las destrozonas de hoy, esas máscaras sucias y mal olientes, antiestéticas, chilladoras, tumultuosas, tan clásicas, tan netamente españolas, no son sino un símbolo vivo y elocuente de la España actual, de esta España de hoy, pobre, ultrajada, llena de miseria y zurcidos, que pasa ante los bulevares del mundo como un fantasma.

La pobreza general de nuestros carnavales delata la miseria moral y material que nos rodea. Los destellos, los pocos destellos de buen gusto, representan el esfuerzo que hacen algunos, muy pocos, para enaltecer el arte.

Simplificad los movimientos, sujetad un poco vuestra imaginación y hallaréis en cada careta, en cada antifaz, en cada transformación, una cifra representativa de nuestro modo y de nuestro medio.

En los grandes períodos de la Historia fué el carnaval sátira alegre y punzadora, vapor de escape de una máquina pujante, llena de energías. Ahora es sólo un triste alarido de impotencia: algo desdibujado y desarticulado que subsiste sin base y que se sostiene por un milagro de velocidad.

Ya no es posible encontrar en medio de una de estas bacanales el ingenioso epigrama ó la idea sesuda de un filósofo que asciende, envuelto entre los cascabeles de la risa, á la inmortalidad.

El poco ingenio que nos resta lo consumimos en la ruda batalla diaria, en los trágicos carnavales de todo el año, en un despedazar continuo de ilusiones que la fragilidad de nuestros temperamentos deshacen al menor impulso.

La careta que caricaturiza á nuestros políticos es tosca, burda, mal labrada; remedo de sus prácticas y de su ciencia; la carroza que pretende simbolizar alguna de nuestras glorias pasadas, se bambolea trágicamente, como si amenazara caer para aplastarnos.

Pensad detenidamente si es posible encarnar en un dibujo algo que al tiempo de ser ridiculizado, no nos denigre ó avergüence...

ooo

De todas maneras, bien venido sea el Carnaval, porque al fin y al cabo, si es verdad que el espectáculo no está en sí mismo, sino dentro de nosotros, no faltará quien con él se regocije y alegre. Y esta alegría inconsciente de los unos puede merecer el estudio y la atención de los que tienen el deber de encauzar por otros derroteros las energías de la raza para que podamos reinos conscientemente todos.

ALEJANDRO BER



¡SATURNALIA...!

¡Carnavales, alegrías
son tus días;
son tus horas el amor
y en las báquicas orgías
sepultura hacer debías
al tormento del Dolor!

ooo

Tu supiste en la espesura
de los bosques ancestrales
dar cobijo á la avalancha
de tus locas bacanales
y á los faunos y á las ninfas
inflamarles de pasión.
Tu mulliste blandos lechos

para culto de placeres
y en sus rosas acogiste
lindos cuerpos de mujeres
que sintieron los espasmos
de una férvida ilusión.
Tu vestiste los ropajes
de los nobles venecianos;
tu luciste con orgullo
los chambergos castellanos
y á la corte de Versalles
te atreviste á divertir,
tu tornaste á las princesas
en traidoras Colombinas
de albos cuellos, que segaron
las siniestras guillotinas

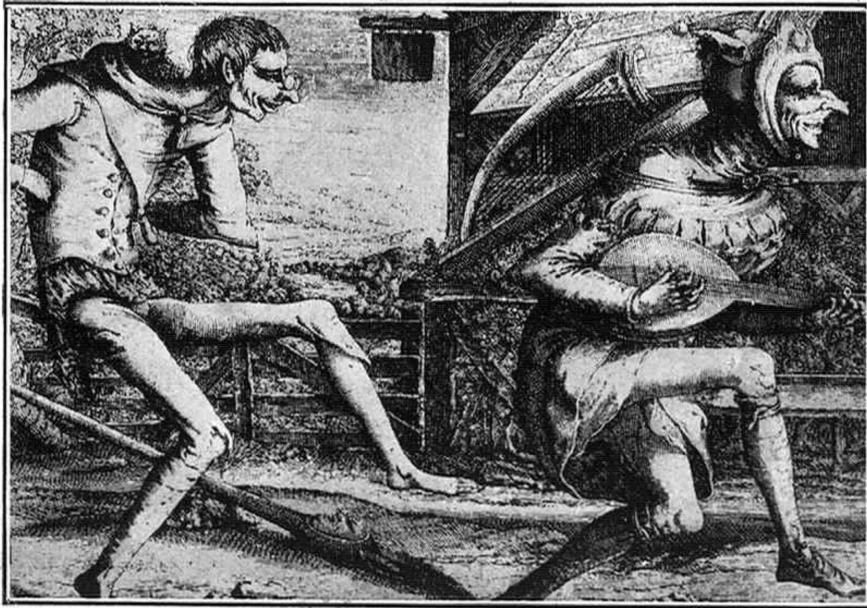
que divierten al espanto
con su trágico crujiir.

ooo

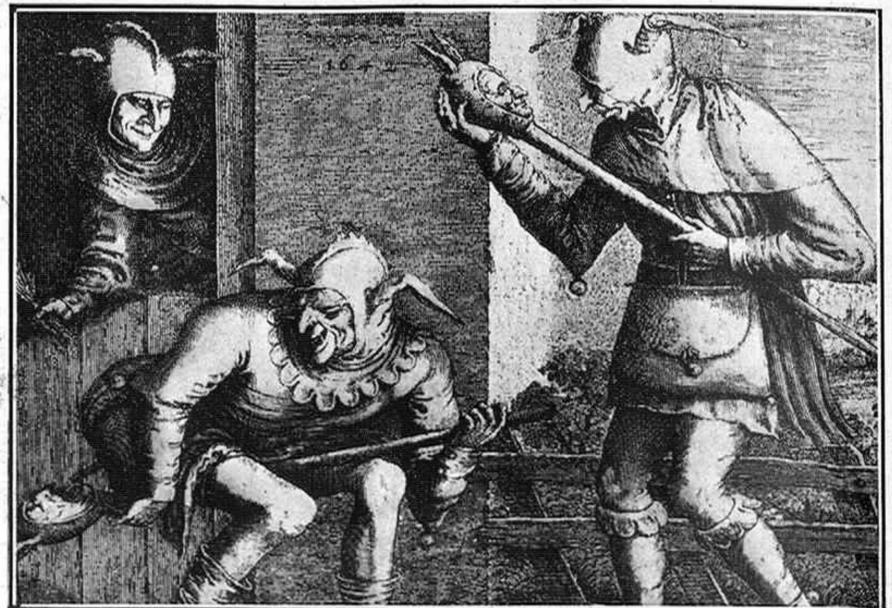
¡Carnavales; ironías
cruelles fueron tus días;
sacrilegios tus canciones,
que mezclaban las blasfemias con las santas oraciones,
y mentiras el amor!
De tus báquicas orgías
quedaron las alegrías
engañosas y falaces,
que sirvieron en la fiesta de menguados antifaces,
mascarillas del Dolor...

ROGELIO PEREZ OLIVARES

DEL CARNAVAL DE OTROS TIEMPOS



Dos locos persiguiéndose.—(De P. Brueghel)



Locos embromándose entre sí.—(De P. Brueghel)

QUIÉN no siente, más de una vez todos los días, necesidad, anhelo furioso de gritar cuatro verdades, unas veces, á los poderosos; otras, á sus validos, para que sepan unos y otros la mediana estimación que nos merecen los primeros y el desprecio—porque el odio sería demasiado honrarles,—que sentimos por los segundos? Diríase que en esta tragicómica mascarada de la lucha por la vida, en que ni altos ni bajos, unos por carta de más, y otros por carta de menos, á ninguno se trata jamás cual merece, sentimos deseos de realizar aquella frase de Hamlet: «Si á todos se hubiese de tratar según sus méritos, muy pocos se librarían de ser azotados...»



Guión de la Compañía de la "Madre-loca"

A esta necesidad debió de obedecer la institución del Carnaval, cuyas locuras, en la plenitud de su apogeo, más parecían explosiones de sensatez, como si la gente cansada de un año de fingirse tonta, en todos los órdenes de la vida, quisiera dar fe de su juicio, subyugado el resto del año por conveniencias privadas ó por consideraciones públicas. Las Bacanales en Atenas, las Saturnales en Roma, y las Fiestas de los Locos, del Asno, del Zorro y tantas otras, que constituyeron los primitivos Carnavales, no debieron de reconocer otro fundamento. Las Bacanales, importadas, como saben hasta los chicos de las escuelas, de Egipto, por Grecia, y más tarde por Roma, fueron en el principio misterios religiosos. Sólo podían tomar parte en ellas los hombres. Los sacerdotes bacantes se disfrazaban de Pan, de Sileno ó Sátiro; más tarde se introdujo el elemento femenino y fué el principio de toda suerte de orgías, al grito lanzado por las meretrices; el grito de ¡Evohe! ¡Evohe! ¡Bache!

Del 17 al 23 de Diciembre, los romanos festejaban á Saturno, el dios de la edad de oro «época feliz en que los hombres no conocían aún ni los rangos de la jerarquía ni el yugo de la esclavitud». Las Saturnales, al pronto, no duraban más que un día; por autorización de Augusto, luego, tres; por la de Calígula, cuatro, y finalmente, una semana.

Durante esta semana el esclavo se revestía las insignias del hombre libre y representaba el papel del señor,

mientras que éste se enfundaba en los guñapos de su criado, y llevaba su condescendencia hasta el extremo de recibir golpes, de mano de aquél. Era como una reparación de las injusticias, las violencias que hubiese cometido el más fuerte en detrimento del más débil: imagen de la



El obispo de los locos

igualdad de todas las criaturas humanas, que se olvida muy pronto en el enervamiento de la fortuna y el placer.

En aquellos días de libertad sin límites, el pueblo no respetaba nada, no imponía freno alguno á sus instintos, se complacía en sus desbordamientos. Los grandes oían verdades muy duras de bocas largo tiempo cerradas por miedo al castigo; pero la libertad de Diciembre constituía una de esas prerrogativas populares á las cuales nadie, por poderoso que fuese, hubiera osado atentar.

A la pregunta formulada muchas veces, de



Carroza de la infantería de Dijon

cómo el Cristianismo pudo heredar aquellas locuras del paganismo, se halla fácil respuesta en la consideración de que la sociedad de los ídolos y la de Cristo no se separaron bruscamente. En larga convivencia, frente á frente, se asimilaron, se penetraron recíprocamente, absorbiendo la más joven y la más fuerte á la caduca, y tomando así una parte de sus elementos. La Iglesia no afectó al principio una austeridad inexorable que hubiese podido espantar ó ahuyentar á los espíritus vulgares, y permitió que se mezclase, con cánticos á las vírgenes y á los mártires, accesos de hilaridad con canciones y sátiras. Buena madre, fácil y sonriente, tomó parte en las alegrías populares. La antigua saturnal llegó hasta los templos, rejuvenecida y transformada, y la mezcla de bufo y profano, de licencia y de impiedad, característica del paganismo se reprodujo en ciertos usos y prácticas de la nueva sociedad cristiana.



Reverso del guión de la infantería de Dijon

Las Saturnales bajo el paganismo, tenían, en medio de su libertinaje, un sentido filosófico profundo: que los ricos no deben poseer siempre honores y riqueza, y que los pobres, los infelices, debían tener, alguna vez, su compensación.

En las Carnestolendas de la sociedad cristiana, difícilmente se encuentra aquel sentido debajo de una grosería y una sinrazón, difíciles de justificar si no es por el atraso moral de aquellos pueblos. Y se ve invadir las iglesias, particularmente en Francia y también en Inglaterra, por hombres que con las casullas del revés, celebran en broma los oficios santos, entonan himnos sagrados *in-falso* y de modo discordante; queman, á guisa de incienso, el cuero de sus zapatos; beben y juegan sobre los manteles de los altares, parodiando todo lo que el respeto debía prohibir, en el mismo lugar donde, veinticuatro horas después, se inclinarán penetrados de fe y devoción. A estas máscaras grotescas se designó en Francia con el calificativo de *fous*, locos. San Agustín, en su sermón *De tempore* y en su homilía *De kalendis januarii*, se plañía ya de los excesos que se cometía en su época. Y la *Fiesta de los locos* hubo de ser abolida en unos sitios y reglamentada en otros, por

los poderes eclesiásticos, en el siglo XII, porque Pierre, cardenal diácono de Santa María, de París, *in via lata*, legado de la Santa Sede, considerando que la *Fiesta de los locos* daba lugar á tantas indignidades é infamias, que la santa habitación de la Virgen se había profanado, no solamente con palabras obscenas, sino ordinariamente hasta por efusión de sangre, indujo en una circular al obispo, al deán y otras dignidades de la Iglesia, á reformar los oficios de esta fiesta y prohibir todo cuanto hiriese la dignidad eclesiástica y el respeto á la religión.

En los primeros siglos el Carnaval comenzaba el 25 de Diciembre, con las fiestas de Navidad, y duraba algunas semanas. A las antiguas supersticiones se inyectaron otras nuevas. Se imaginaba haber cambiado el espíritu de prácticas licenciosas; solamente se había cambiado de costumbre. Sabido es que las antiguas Lupercales, instituidas por el rey Evandro, se celebraban en Febrero. Los sacerdotes del dios Pan corrían por las calles, desnudos del todo, golpeando á las mujeres con una piel de cabra, con intención de volverlas fecundas ó de hacerlas alumbrar felizmente. En aquellas fiestas sólo podían tomar parte los hombres hechos; á los mozos imberbes y á los niños les estaba cuidadosamente vedado.

En el siglo VI se observa una reviviscencia de las Lupercales entre los francos, con la agravación de que las doncellas y los mozos participaban en el desorden. Hombres y mujeres, mozas, mozos y niños se congregaban en las iglesias, danzaban alrededor de los altares en donde se hallaba el simulador de un recién nacido y reproducían el espectáculo tumultuoso de los coribantes en el monte Ida, alrededor de la cuna de Júpiter.

Lo mismo que en las Saturnales, había un cambio de trajes y de condición; en alguna archidiócesis, particularmente en la de Reims, los diáconos y los subdiáconos oficiaban públicamente. Más tarde se eligió un *obispo de los locos*, el cual con mitra, báculo y pectoral, oficiaba de pontifical hasta dar la bendición pública al pueblo.

En las iglesias que dependían más inmediatamente de la Santa Sede, se elegía un *Papa de los locos*, el cual llevaba los ornamentos y los atributos del papado y oficiaba como el Santo Padre.

Los clérigos no asistían durante aquellos días á estos oficios más que en traje de mascarada: cubierto el rostro con caretas grotescas ó lúgubres y disfrazados con trajes de otro sexo ó de Momos.

Una fiesta curiosa era la de la sardina en Saint Remi, de Reims: el Miércoles Santo, todo el clero se trasladaba á San Remo, á hacer una estación. Los canónigos precedidos de la cruz, iban en dos hileras y arrastraban una sardina atada á un cordón. La preocupación de todos era pisar el del delantero, y librar el suyo de los pisotones



La ronda de los locos.—(Estampa de P. Breughel, el "Viejo", de la "Bibliothèque National" de París)

del canónigo que le seguía. Los eclesiásticos encontraban en esta diversión un misterio tan respetable, que fué preciso prohibir la procesión para hacerles renunciar á su *steeple-chase* de arenques.

En Sens, era un animal el votado al ridículo.



Serenata en las calles por una comparsa de locos. (De Hans Sebald Beham, 1511)

El asno era el héroe de la fiesta, en recuerdo de la burra de Balaam. Se le llevaba al templo revestido con una magnífica capa; el arzobispo de los locos le recibía con toda seriedad, y comenzaba el oficio de los locos. También se celebraba otras variantes de esta fiesta: la de los Apóstoles y la de los Inocentes.

En París las Fiestas del Zorro, hicieron las delicias de los contemporáneos de Felipe el Hermoso. En medio del clero, iba un zorro, cubierto con una sobrepelliz hecha á su medida, con una tiara en la cabeza. Por un refinamiento bárbaro se le arrojaba al paso gallinas que el animal devoraba sin preocuparse de la multitud que le rodeaba y que se divertía ruidosamente ante aquel espectáculo. El rey, que gozaba mucho, en esta fiesta, pretendía que el zorro era el símbolo del papado. En Chartres, que dependía directamente de la Santa Sede, se elegía también el *Papi-Fol* ó Papa de los locos. En Dijon, la fiesta de los locos ofrecía otra particularidad: en un tablado erigido ante la iglesia de Saint Etienne, se representaba una especie de farsa y se rasuraba públicamente al pre-chante de los locos, un solo lado de las barbas. Los vicarios les imitaban, y así, á medio afeitado, echaban á correr por la población.

También en los conventos de monjas se elegía Abadesa de las locas, el día de los Inocentes.

Hasta el siglo XVII no logró extinguirse esta *Fiesta de los locos*. Pero echados del templo los locos se fueron á

las calles: en la Corte hallaron muy buena acogida; particularmente bajo el reinado del demente Carlos VI, el cual escapó de milagro en una mascarada que se incendió y de la que él formaba parte muy principal. A la *fiesta de los locos*, arrojada de los templos por los concilios indignados, sucedió la de los *sots* (tontos) que venía á ser, como dijo M. Petit de Julleville, «la fiesta de los locos secularizada». A la parodia de la liturgia y de la jerarquía eclesiástica sucedía la parodia de la sociedad entera.

«La *sotie*—según el viejo autor Jean Bonechet—es la sátira universal transportada sobre la escena y representada por los *sots*, á quienes su capuchón de locura, coloca al abrigo de rencores y de cóleras, que podría levantar la audacia de sus maledicciones.»

Estos *sots* eran gente distinguida y de ingenio, que componía y representaba sobre tabladitos, en la plaza pública, piezas que llevaron el nombre de *sotisses* porque ellas pintaban, en efecto, las necedades de aquellos á quienes se sacaba á escena. Su nombre primitivo fué el de *Enfants sans-souci*, ó Mozos despreocupados ó frescos, que diríamos en castellano, de la calle de la Ruda. Carlos VI, el rey loco, no tardó en concederles Cartas-patentes confirmandoles el título que la hermandad se había dado. Su historia se liga últimamente con el Carnaval propiamente dicho. Los hermanos de la Pasión, con objeto de renovar sus espectáculos, cuyo público empezaba á dejarlos, asociaron á sus farsas al Príncipe de los tontos y á sus súbditos. Y ved aquí los principios del moderno arte dramático francés.

Y piensen también los eruditos valencianistas si de estos *Sots* y estos *Mozos despreocupados*, no se habrá importado á Valencia la costumbre de las *fallas*, tal como hoy son, antes que hoguera, una sátira representada sobre un tablado en la plaza pública, por muñecos en sustitución de los hombres.

En 1668 acabó el principado de los *Sots*, que había durado tres siglos. Análogas á estas mascaradas fueron la *Madre loca*, y los *Conards* ó *Cornards*, alborotadores que iban por las calles precedidos del abad, que se habían elegido, y cantando coplas burlescas y alusivas á sucesos recientes, ó á personas conocidas. Lo malo fué que igualmente maltrataran al vicio que á la virtud. La libertad de todos fué la tiranía de cada uno, y la autoridad hubo de poner término á sus difamaciones.

Una de las elecciones más curiosas de abad de los alborotadores, recayó sobre un médico que al presentar su candidatura invocó como título principal, para ser elegido, el que, no teniendo dinero para pagar una *curda* que había tomado, se jugó su propia mujer á los dados... Al son de tambores y trompetas ¡se le remitió la cruz de honor!...

E. GONZÁLEZ FIOLE



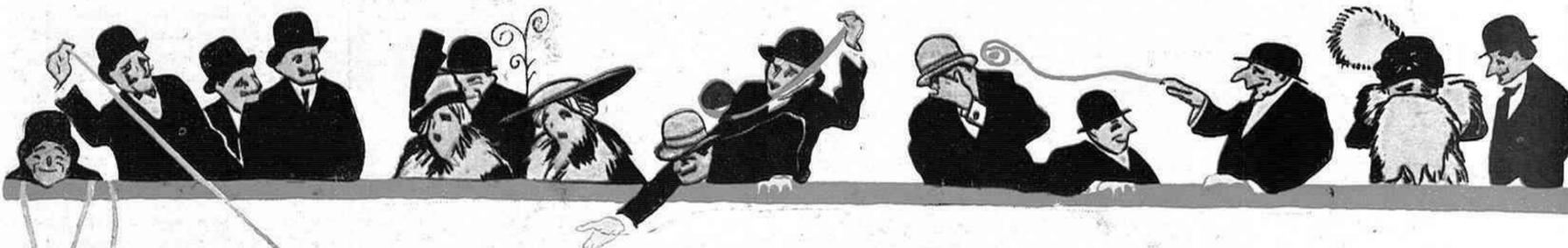
Sello de las cartas patentes de caballero concedidas á Enrique de Borbón, príncipe de Condé



Sello que usó Enrique de Borbón cuando fué recibido en la compañía de los locos, en 1628



CARNAVAL



EL DOLOR DE LO GROTESCO

He aquí una palabra que halla consonante en todo corazón mozo y tiene para toda imaginación infantil sonido de cascabel: ¡Carnaval!

A cada nuevo año la juventud busca anticipadamente en los almanaques la fecha del holgorio y acaso trace sobre ella una simbólica línea roja. Porque todo es rojo en la saturnalia moderna. Rojo de sangre, rojo de diablería, y de disfraces de locura y de confettis danzando en el aire a contraluz del rojo crepúsculo.

Desde que amanece el domingo de Quincuagésima hasta que el miércoles de Ceniza señala el comienzo de la Cuaresma, la ciudad se transfigura. Carnaval, recluido antes en los bailes nocturnos, sale á las calles, invade los paseos á pleno sol, arrastra como séquito á la juventud y traza con el tirso jeroglíficos de luz y de ruido y



roncas, entre los jóvenes que las hablan al oído!...

Y por si este espectáculo externo y exaltado no fuera bastante, queda aun el otro de la verdad renaciendo de la mentira. Carnaval desenmascara los espíritus. Al ritmo de sus cascabeles y en parodia de sus piruetas, Momo obliga á danzar desnudas nuestras almas. Sólo hay dos fuerzas más fuertes que la humana defensa de nuestra hipocresía: la muerte y el placer.

Cuando el hombre ve alejarse su mocedad —como una amante que le engañó demasiado pero que le hizo muy feliz,— cuando, ya pasó bajo el dintel de la segunda juventud y se detiene para contemplar el camino recorrido, la vida cambia súbitamente, fatalmente, de aspecto.

Claro es que hablo del hombre consciente, del hombre equilibrado después de los desequilibrios, del que tiene derecho á analizar el dolor porque antes conoció el placer, del hombre que sabe el sabor de todos los besos y de todos los vinos y que conserva en su corazón el eco de muchas canciones y en su carne el temblor de muchos estremecimientos.

Este hombre teme, odia y desprecia al Carnaval.

Porque el Carnaval es el triunfo de todas las malas pasiones espoléadas, además, por la grosería. Fiesta que emblebece la sensibilidad, seca las fuentes del idealismo, pisotea los recién florecidos tallos del romanticismo; desvía, desatándoles, los instintos y corona su obra con esa triste estupidez que sucede á los terribles momentos de la lujuria.

Bajo la lasciva risa de sátiro de Carnaval, se imaginan los más absurdos crímenes y se realizan las abyecciones menos confesables. En toda historia de mujer hay siempre un recuerdo de Carnaval que la avergüenza ó la indigna.

Porque la mujer es la verdadera víctima. Enloquecida, agitándose en sus profundas malsanas curiosidades ó recuerdos malsanos, se cumple el fatal episodio de las falenas borrachas de luz...

Tal vez sea ésta, vergonzosa y ruin, la única finalidad de Carnaval. Finalidad tan trágica, tan

infame, que la humanidad no se atreve á mirar con el rostro desnudo y para ello inventó la careta...

ooo

Nuestro Carnaval ha evolucionado. Hasta hace ocho ó diez años conservaba el carácter de



los Carnavales de mediados del siglo anterior, en tiempos de Isabel II y de Amadeo I y del reinado de Alfonso XII. Por entre las máscaras que circulaban por el paseo del Prado parecían vagar aún las sombras de Lucas ó de Ortego con el lápiz en la mano.



También en la pradera del Corregidor, en los alrededores del Canal, entre el bullicio de mascarones ebrios, que iban á «enterrar la sardina» cubiertos de esteras, felpudos y harapos, con caretas de trapos y escobas mugrientas para golpear, los canes famélicos y los vocingleros chi-



de color para que las máscaras hagan de ellos senderos donde se pierden y se encuentran, y chocan y se abrazan ó se golpean.

Es el desquite anual. Incluso las leyes autorizan la alegría enloquecida de la fiesta. El Estado la protege con sus decorativas siluetas de guardias, inmóviles sobre los caballos. Vuelan los minúsculos redondeles colorinistas de confetti como vibra la luz en los cuadros de Manet y Sisley; suenan canciones plebeyas, aprendidas en prostíbulos, tabernas y guaridas inconfesables; despierta la sensualidad adormecida. Y la voz de falsete de las máscaras pone á todo un bufonesco estribillo de burla.

¡Cómo brillan las pupilas femeninas iluminando la encendida rubicundez de los rostros! ¡Qué pagana torpeza de músculos invade á los hombres! ¡Qué bravo —y un poco desvergonzado— reto á los instintos son las carrozas que desfilan llenas de muchachas despeinadas, sudorosas,



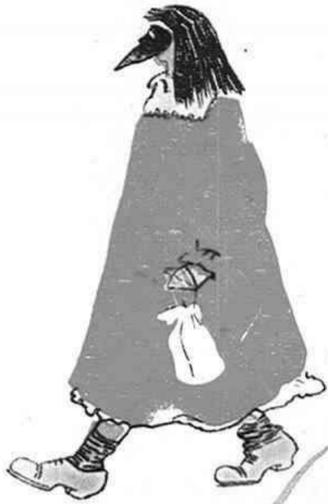
quillos, parecía atravesar la silueta gloriosa de Don Francisco de Goya y Lucientes con su levitón y su sombrero de copa despeinado y su ceño adusto y su garrote...

En los cartones para tapices, en los «Caprichos» del inmortal pintor, no sólo quedó plasmado el Carnaval de los suburbios, las majas, chisperos y rufianes, sino también el otro de los vicios tapándose con virtudes y de las virtudes que al desnudarse tenían carne viciosa. De igual modo que en los dibujos de Lucas y de Ortego hallamos aquel otro Carnaval del paseo del Prado que alegró la segunda juventud de nuestros abuelos y encendía la recién despertada mocedad de nuestros padres...

Ahora el Carnaval no queda reflejado por los lápices de los humoristas, sino por los *kodaks* impasibles que enfocan las llamadas carrozas.

Y sin embargo, por las avenidas de Recoletos y Castellana siguen circulando las máscaras representativas, las intercambiables, las que afirman tres días al año el dolor de lo grotesco.

Son siempre las mismas. Nada importa el nom-



bre ni el rostro que se ocultan detrás del disfraz y de la careta. Gritan chillonas: «no me conoces», y las conocemos á todas.

Pasan los bebés femeninos, con sus trajes de percalina y las cabelleras desmelenadas y polvorientas. Son criadas de servicio, son rameras de baja estofa é inconscientes, parodian gritos y ademanes de una niñez lejana.

Su alegría chillona, ficticia, es un poco triste. Quieren olvidar momentáneamente la existencia cotidiana en las cocinas con ventanas á patinillos sucios y mal olientes, ó en cuartos innobles y trágicos donde mienten amor y donde acaso un día fatal descansan para siempre al escaparse su vida por el hueco que abriera una faca de chulo...

En contraste de estos bebés, pasan los otros masculinos, con sedas y lazos y encajes, con la careta de alambre, los calcetines transparentes y los zapatos escotados de charol. Son estudiantillos, dependientes de comercio y se compran el cansancio con carreras locas, con griterío ensordecedor, con manoteos desarmónicos, sin un solo instante de verdadero é íntimo regocijo.

Pasan las «zarrapastosas» envueltas en zaleas, colchas viejas ó arpilleras mal olientes. Su placer no consiste en cubrirse de tal modo con telas ó pieles inmundas, sino en rozar á los demás, en mancharles, en transmitirles su miseria y su grosería. Embrionariamente late en esas máscaras un obscuro principio de nivelación social.

Este sentimiento—instintivo, claro es—les presta un simbólico presagio de revolución, de matanza, de exterminio rebelde.

Al anoecer, cuando todas las máscaras habrán de quitarse las caretas, son terribles las facies que enseñan las zarrapastosas. Rostros de motín y de presidio y de guerra, belfos colgantes, ojos iluminados por el alcohol, risas siniestras que causan calofríos de espanto.

Y sin embargo, estas máscaras no intentan, al menos en apariencia, alzarse de su humillación, dar un salto hacia otros escalones más elevados. Todo lo contrario. Es como si se complacieran en descender más aún.

Se disfrazan de osos encadenados para bailar grotescamente, cambian sus ropas de obrero de la ciudad por gironados trajes de húngaro tromamundos, se infantilizan de payasos y divierten á los chicos con una ó dos cañas y unos higos que agitan ante las bocas y prohíben á las manos.

Pasan los contrabandistas. Van jaquetones y pintureros con las patillas negras, los calañés de otro tiempo, los trabucos de cartón y las jerezanas mantas. Todos ellos, lo mismo los que montan corceles braceantes que los de á pie, avanzan graves, convencidos de cumplir una misión de cromos súbitamente animados. Cromos de cajas de pasas, de pandoretas, de fondos de guitarras y monteras toreriles. La España de Gautier, de Merimée, de las últimas novelas de Fernández y González. Caballistas, bandoleros andaluces que «robaban á los ricos y á los pobres socorrían». Acaso de este amor á los bandoleros del campo hallemos los gérmenes del más sano entusiasmo que despiertan ahora los ladrones de novelas policíacas.

Pasan las estudiantinas, que no son de estudiantes.

Pasan las trágicas comparsas de tullidos, de mancos, de jorobados, cojos, ciegos, que vestidos con enaguas de mujer tocan viejos aires de otro tiempo en las dulzainas y los tambores. Visiones dolorosas á lo Jacobo Callot.

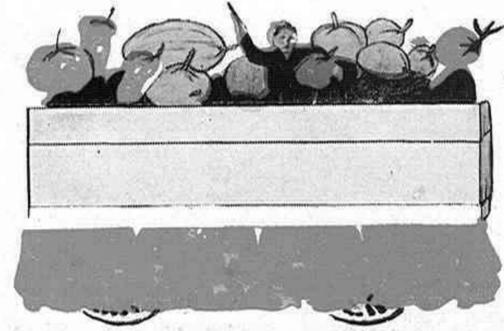
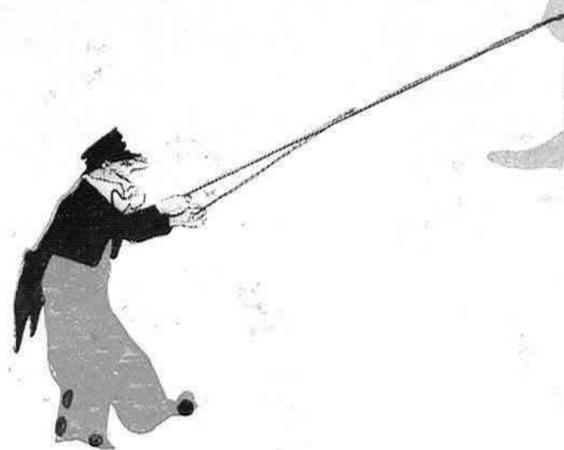
Pasa una pareja silenciosa, un poco aburrida. El viste las faldas de ella; ella se ha metido dentro de los calzones y la americana de él. Sólo puede competir en fastidio, en seriedad, triste y melancólica con esta pareja, esa otra de los dos amigos en que el uno se ha disfrazado de diablo para pasear tranquilamente y hablar á su compañero de las cosas cotidianas sin disfrazar la voz...

Pasa un hombre vestido de cupletista ó cubierto con un mantón de Manila, empolvado, escotado, con flores en la bien rizada peluca rubia...

Pasa el «albañil» que debajo de la blusa blanca luce un pantalón de frac y se indigna porque le pisan los zapatos de charol...

Pasan los niños...

¡Oh, esta cruel infamia de los niños vestidos



de máscaras es el verdadero dolor de lo grotesco!

Inspiran una lástima honda, inquietante, que tarda en borrarse mucho tiempo.

Lógico—dentro de la tradicional ilógica de estos tres días—es que mujerzuelas, pollastres y borrachos se disfracen y pongan regueros de escándalo por las calles y los paseos. Aunque



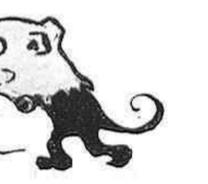
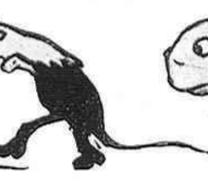
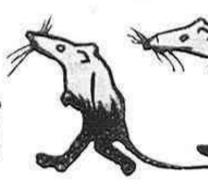
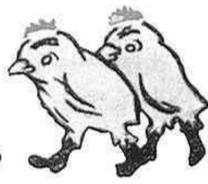
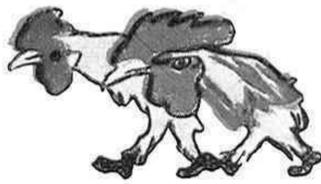
muchos de ellos sean irresponsables psicológicamente, tienen al menos la edad de ser responsables.

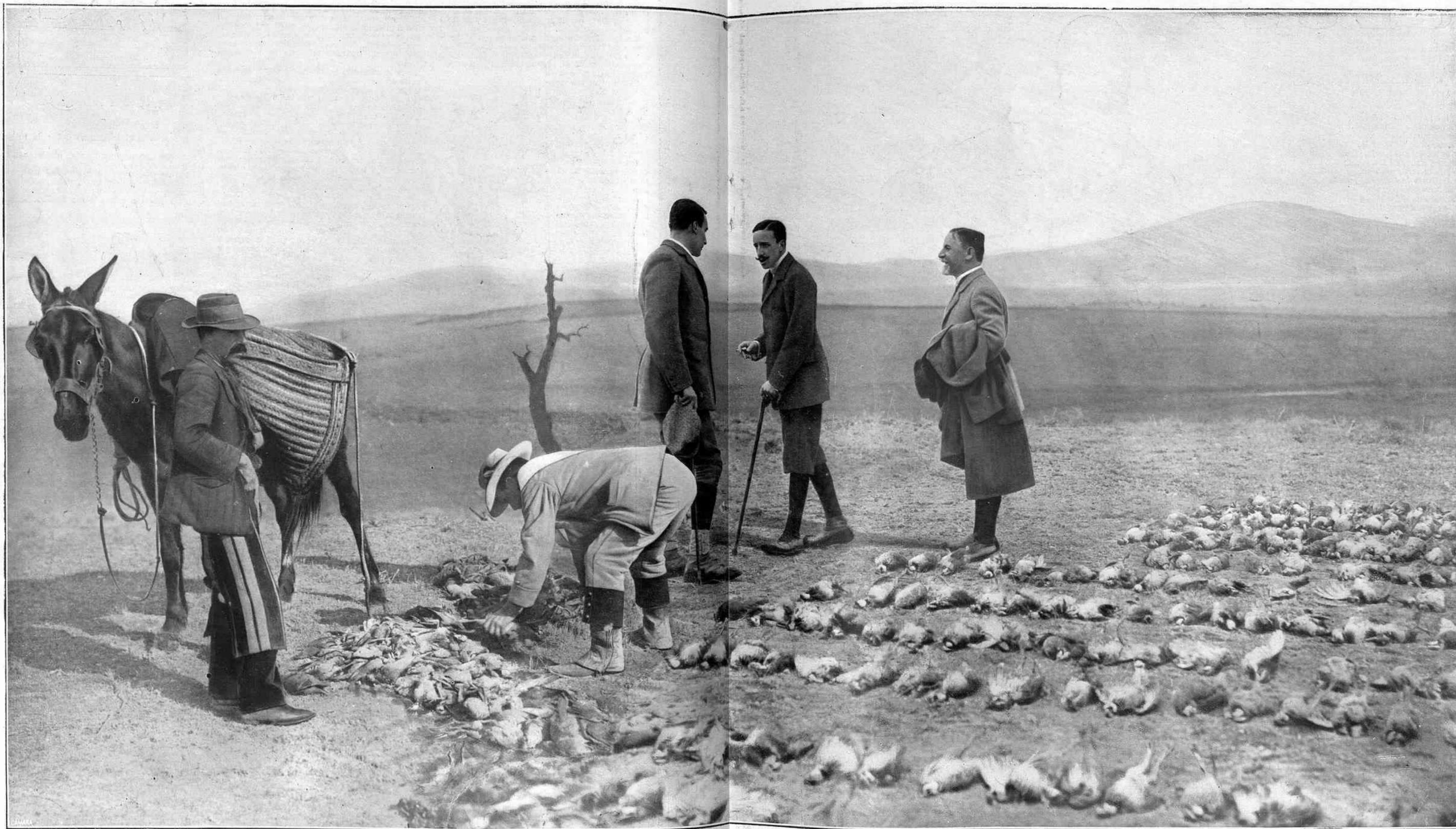
Además, bajo este atavismo bárbaro que en nosotros despierta Carnaval, podemos mirar impasibles la degradación ajena. Dentro de este criterio transitorio, que se maten una «destrozoña» y el «tío del oso», que á un «contrabandista» de comparsa le salten un ojo con una botella de específico arrojada desde una carroza anunciadora; que un hombre afeminado coja una pulmonía y se muera por escotarse vestido de cupletista, no tiene la menor importancia.

Lo intolerable es que se muera un niño porque sus padres tengan la estúpida vanidad de vestirlo de máscara y pasearlo desde el orto del domingo hasta el ocaso del miércoles por todas las casas de parientes ó amigos y por las avenidas rebosantes de gente encalientada por la lujuria y el escándalo...

DIBUJOS DE GALVÁN

José FRANCÉS





S. M. EL REY PRESENCIANDO, CON EL INFANTE D. ALFONSO Y EL CONDE DE MACEDA, EL RESULTADO DE LA CACERÍA EN EL COTO DE TRASMULAS

FOT. VILASECA

La cacería Regia en el coto de Trasmulas, magnífica finca que poseen los Condes de Agreña en la provincia de Granada, resultó una brillante jornada cinegética. Verificóse el día 30 de Enero, acompañando á Su Majestad en la cacería el Infante D. Alfonso, el Duque de San Pedro de Galatino, los Marqueses de Nájera, Jura Real, de la Mina, Viana é Ivanrey, el Conde de Peña Ramiro y D. Justo San Miguel. El Rey y

sus acompañantes desayunaron en la casa-palacio, desde la que se disfruta un panorama espléndido, divisándose la incomparable vega de Granada y la cadena de montes de las estribaciones de Sierra Nevada. La cacería comenzó en Cuesta Bermeja, dándose luego varios ojeos en la linde de Tajarja. Se cobraron en total 880 perdices y 65 liebres. El Monarca hizo, como siempre, magníficos tiros.

G L O S A

Con acento lastimero,
mirando el largo sendero
por la florida ventana,
dice la moza aldeana:
«Te vas con otra serrana,
yo me iré con el lucero
de la mañana (*).

Iba la moza á la fuente,
en una tarde silente
de florida primavera,
cuando declinaba el día
y la luz del sol moría,
poco á poco, en Occidente
sobre la verde pradera.

Después de cruzar el puente
que pasa sobre la ría,
después de dejar la era
y los pajizos trigales,
enmedio de unos zarzales,
muy espesos,
halló la fuente de plata
que forman dos manantiales,
que se unen dándose besos,
en continua serenata.

La moza, calladamente,
bajo el chorro de la fuente
plateada,
miró llenarse la herrada;
hizo un gesto de pereza,
puso aquélla en su cabeza
sobre los negros cabellos,
que forman marco divino
á su rostro nacarado,
y otra vez tomó el camino
del poblado.

Murió el día...
Antes de cruzar la ría,
cuando salió del trigal,
observó que la miraba
y esperaba
su zagal.

La dijo... todas las cosas
que, en palabras amorosas,
sabe decir un amante,
y ella le escuchó temblante,
las mejillas ruborosas
y aquel cielo
de sus azules pupilas,
lo mismo que mariposas,
en el suelo

se posaron intranquilas,
Volvieron á los trigales;
en lo espeso
se oyó un suspiro y un beso
y, en tanto, los ruiseñores,
entre sábanas de flores,
cantaban en los zarzales
de sus trinos las escalas,
para calcarse las alas
en fecundos esponsales...

.....

Mientras evoca aquel día
desde la estrecha ventana
dice la moza lozana:
«¡Cuando tanto te quería
te vas con otra serrana!»

Como si llevase el viento
su lamento,
y sus amargos quejidos
hasta los mismos oídos
del que ama,
tristemente
así la zagala exclama:
—¿Por qué fuí tarde á la fuente?
¿Por qué se marcha y me deja
sin temor que le reproche?

Mientras la tarde se aleja
se va acercando la noche,
Y la moza suspirando
sigue mirando, mirando
por la senda de marfil,
que entre las sombras blanquea,
y, á lo lejos, serpentea
como si fuese un reptil
que se arrastrase á la aldea.
Nada al lejos se divisa
y en tanto la noche, aprisa,
el firmamento y el suelo
con su negro manto roza,



de la luna la luz plata
se retrata
en las pupilas de cielo
de la moza.

Ella exclama suspirando:
—¿Qué es eso que estoy mirando?
¿Acaso es él que me espía?
¡Es su sombra que aparece!...
No es él... ¡Ay, desdicha mía!
¡Es un rosal que se mece!

Luego exclama:
—¡Ahora se escucha un lamento!
¿Será él que acaso me llama?
Tampoco... ¡Si es una rama
que gime al pasar el viento!

Sigue amante:
—¿Lloro cuando él no me adora?
¡No llores corazón mío!...
Una lágrima brillante
sobre sus ojos titila...
Ella dice que no llora;
será, tal vez el rocío
que se cuajó en su pupila. »
Mas es llanto
y entre tanto
suspira un ¡ay! lastimero,
llora la moza temprana:

«Te vas con otra serrana...
¡Yo me iré con el lucero
de la mañana!»

Muy lenta y lúgubramente
suena á muerto tristemente
muy lejana
la campana.
Con voz cascada una anciana
se lo cuenta á un pordiosero:
—¡Se ha matado la serrana!
Y, en lo azul, brilla el lucero
de la mañana.

(*) Copla popular montañesa.

JOAQUÍN DICENTA (hijo)

ALEGORIA DE CARNAVAL



ATENED
BIP
15*

AMOR Y BURLAS, por Moya del Pino

EL HUMORISMO Y LA GUERRA

LUCHA DE CARICATURAS



En Farnborough-Hill, residencia de la Emperatriz Eugenia, transformada en Hospital militar

—¿Sabes, Jimmy, en casa de quién estamos?
—La "nurse" me ha dicho que en la de una señora que ha perdido su hijo en la guerra. (De «Le Mot»—París)

MONÓTONAMENTE, sin emocionadores y terribles episodios, de esos que convulsionan a una nación y despiertan las adormecidas simpatías y antipatías por unos u otros de los beligerantes, transcurre el tiempo para los que seguimos de lejos y sin peligro—en apariencia al menos—la guerra lejana.

Cansados, incrédulos ya a fuerza de las mentiras telegráficas y postales de las agencias alemanas o inglesas, no buscamos en los periódicos las noticias con aquella rabiosa ansiedad de los primeros meses. Disfrazada—á fuerza de dinero—por los partidarios del militarismo germánico ó de la preponderancia mercantilista de Inglaterra, la verdad no tiene el encanto purísimo y sereno de su desnudez.

¿Qué hacer? Como otras veces, sigamos el

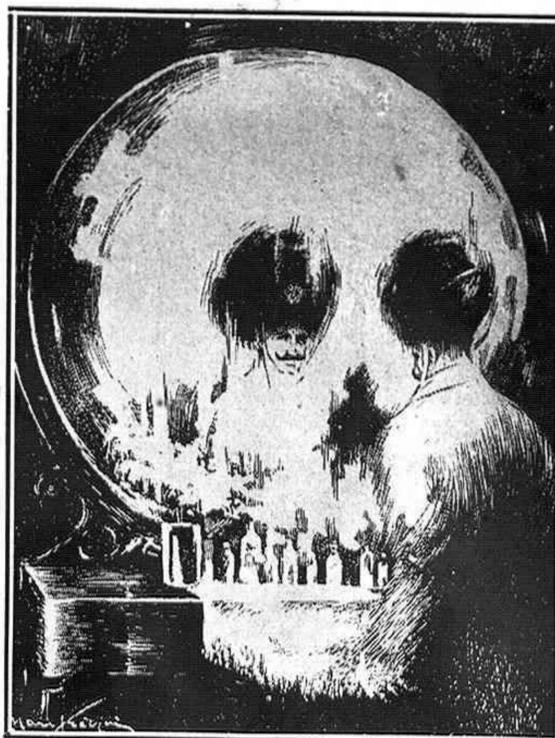
sendero que Zaratustra aconsejó á sus discípulos: la risa. Por este sendero á cuyos lados florecen los rojos claveles de la burla, las humildes violetas de la ironía, los ásperos cardos del humorismo, las extrañas pasionarias y el amaranto púrpura que, antes de surgir en palpable evocación de sangre coagulada, fué dolor de herida. No es una risa franca, regocijada, alegre, la que Zaratustra os da, aunque os la predice. No es tampoco la que hallamos en estas flores del sen-

dero que á la verdad puede conducirnos. Flores de ironía, de amargura, de humorismo, de alicismo ó de melancolía, brotan cotidianamente del ingenio, del arte de cada raza.

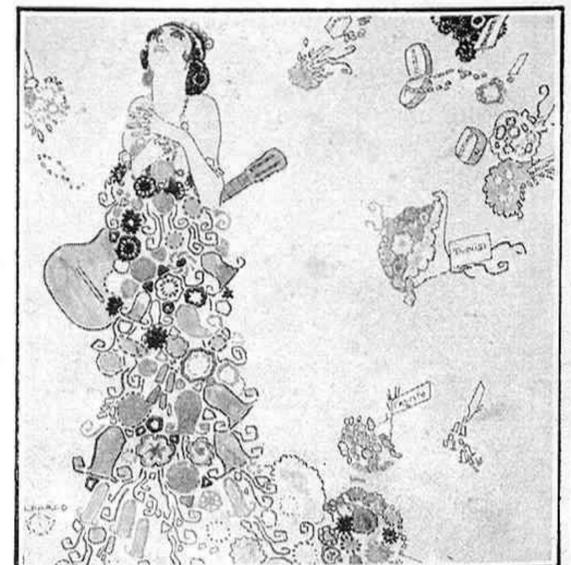
Hablábamos, en unos comentarios de otras caricaturas, del periódico *Le Mot*, dirigido por el admirable Paul Iribe, que al comenzar la guerra olvidó por completo su última orientación de «figurinista persa» para acometer con toda su fuerza de gran humorista á las naciones enemigas. De *Le Mot* y de Iribe es una de las más bellas caricaturas que reproducimos. Pertenece al género sentimental, melancólico. Es en Farnborough Hill, la residencia de la ex-emperatriz Eugenia, transformada en Hospital militar. Dos heridos ingleses charlan durante la visita coti-



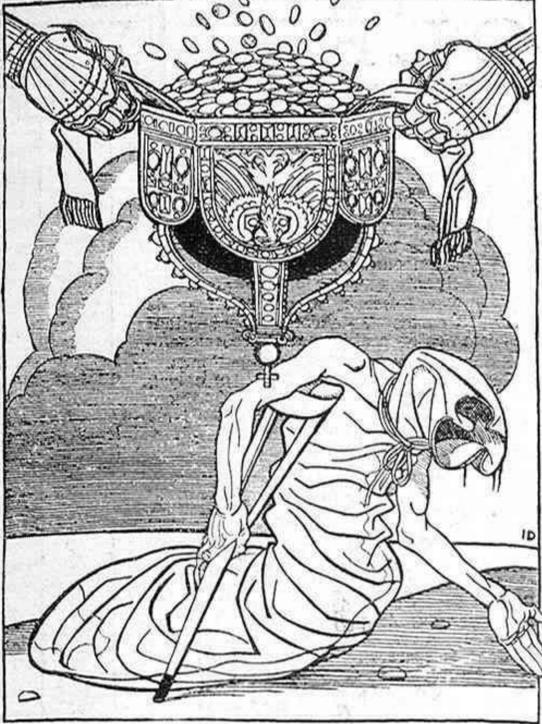
LA CIVILIZACIÓN ALEMANA APLANANDO AL MUNDO (De «Número»—Turín)



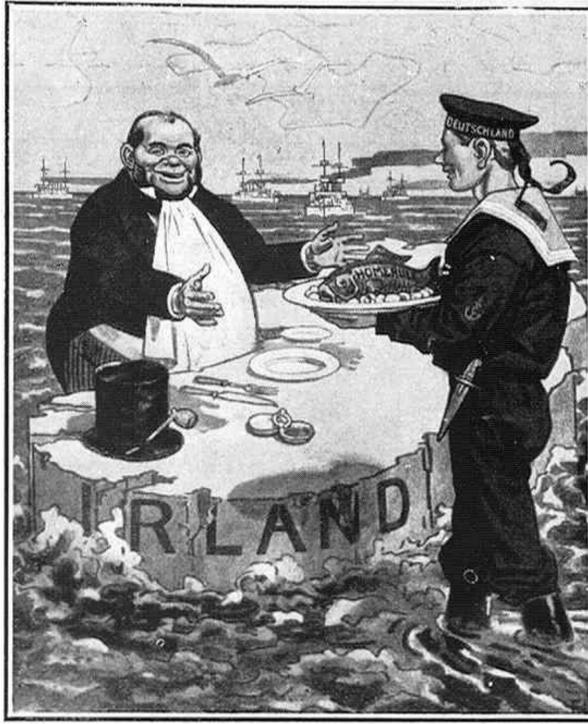
PRESENTIMIENTO (De «Le Rire»—París) —El Kaiser tiene mala cara



LA CORTEJADA (De «Número»—Turín) —¡Dios mío! Cuántas ofertas.



LA CORONA DE PLATA O LA BOLSA DE ALEMANIA Y FRANCIA
(De «Jugend»—Munich)



EL IRLANDÉS
—Ya esperaba con alegría el pescado
(De «Lustige Blätter».—Berlín)



¡POBRE ALEMANIA!
¡No dirán que nuestra situación no es floreciente!
(Del «Ullk»—Berlín)

diana de la augusta viejecita.

—¿Dónde estamos, Jimmy?

—La nurse me ha dicho que en casa de una señora que ha perdido á su hijo en la guerra.

¡Qué honda, qué delicadísima página de amargura es este diálogo al pie de tal dibujo! No, pobre Jimmy, esa vieja enlutada, á quien tu no conoces, ha perdido mucho más que un hijo. Tu no sabes lo que puede pensar ahora al presenciar esta segunda guerra franco-alemana, después de aquella otra terrible y fatal para Francia. Si tu pudieras asomarte á la vida de esa anciana, leer la novela maravillosa y trágica y triunfal y obscura, como un cuadro de Rembrandt, de su vida desde que se llamaba condesa de Montijo bajo el cielo español, desde que la retrató Xavier Winterhalter, rodeada de las damas de su corte hasta ahora que el lápiz de Iribe la imagina enlutada, ya sin lágrimas para sus ojos cansados, al pie de un lecho donde al cabo de cuarenta y cuatro años vuelven á yacer las

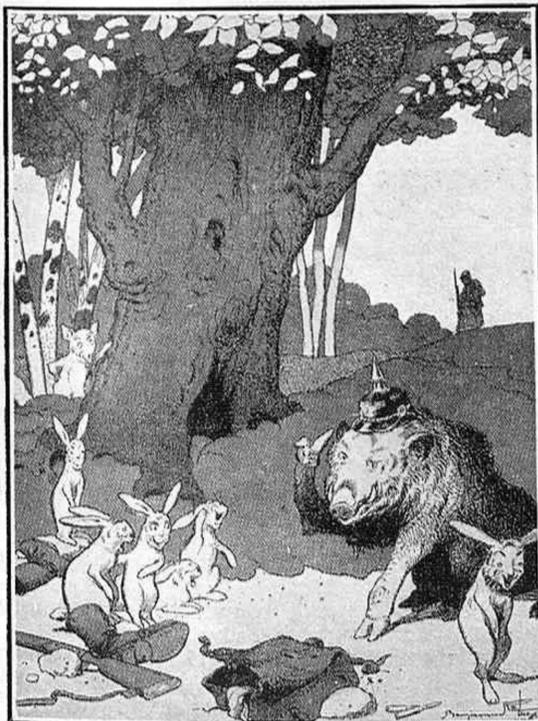


EL OSO—¿Ya te quejas? Pues todavía sólo estoy encima de una de las a'as
(La Grand guerre par les artistes—Paris)

en Alemania: las provisiones, el hogar... y el militarismo. La caricatura del *Jugend* vá más allá. No sólo afirma el excelente estado financiero de Alemania sino que también asegura el estado miserable de la bolsa francesa.

Finalmente hay también un dibujo inglés. Una página encantadora de Carlos Robinson: todos los medios son buenos para convencer á los ingleses de que deben alistarse en las filas del ejército aliado. Sueldos espléndidos, vestuario confortable, buena comida, consideraciones de todo género... y, por último, el amor.

Ya lo véis: las lindas londinenses consideran al militar como á un dios. Le adoran y le ofrendan guirnaldas. El paganismo resucita. No otra que la de una ninfa ante un Silvano ó Fauno de piedra es la actitud de esta gentil damita de Robinson. Mas ¡ay! que detrás de esa ofrenda acecha la muerte. Y hay un peligro mayor aún. El de que en Inglaterra despierte la misma obsesión militarista de Alemania...—SILVIO LAGO



UN CONEJO A OTRO
—Anda tú, Marcassin, ¡imitale el hocico!
(La grand guerre par les artistes.—Paris)

víctimas de cañones alemanes!... De *La grande guerre par les artistes* son dos caricaturas de Nam y Rabier, recogidas también en esta información. Benjamín Rabier es el primer caricaturista de animales de Francia. Su popularidad enorme se debe á los álbumes regocijadísimos, de historietas para niños en que los animales parecen personas y viceversa. Sus ilustraciones á ciertos libros de Jules Renard, sus *Historias Naturales* son inimitables. Ahora Rabier ha de dibujar caricaturas patrióticas y da su nota de siempre.

Nam no había dibujado hasta ahora otros animales que gatos, perros... y cocotas. Ahora dibuja un oso y un águila con la misma maestría que las otras escenas de la galante *Vie Parisienne* en que también parecen luchar las mujercitas con los gatos de Angora...

En cambio, la caricatura de *Le Rire*, titulada «Presentimiento» y obra de un dibujante de segundo orden, no es alegre ni burlona. El Kaiser se mira al espejo y el espejo, con los tatarretes del tocador, devuelve la visión de una calavera. La profecía de Mayence—*El año 1915 será el último de los Hohenzollern*—completa el sentido agresivo del dibujo.

Italia persiste en su lógico amor á los aliados. El periódico *Número*, de Turín se destaca sobre todos por los dibujos terribles contra Alemania.

Alemania alardea en el *Ullk* y el *Jugend* de su prosperidad. La caricatura del *Ullk* representa á Germania sonriente, maciza, con una cesta llena de viandas,—no faltan, claro es, las salchichas—y á sus pies una niña corre y unos niños juegan á los soldados. Todo permanece incólume



EL DIOS DEL DÍA
—¡Adoración!
(Dibujo de Carlos Robinson, ilustre dibujante inglés)

BIBLIOTECA DE LA ESCUELA

CUENTOS ESPAÑOLES



La Priora y la Observante

DOÑA Isabel de Vargas llamábase la Priora, y doña Catalina de Salazar se llamaba la Observante. En religión, Sor María del Divino Amor, la una, y Sor María del Amor Hermoso, la otra. Entrambas á dos elegidas de la celeste gracia, dechados de virtud y edificación de todos.

Era la hora en que terminada la refección pos-trera, tenían aquellas buenas descalzas, según la regla de la Orden, el tiempo de su recreo vespertino. En la huerta, las novicias, como blancas palomas, reuníanse bajo los cipreses y la inspección de su directora. Las profesas paseaban emparejadas só del largo emparrado que bordea la tapia, y la Priora y la Observante dejaban transcurrir un rato de reposo en la celda rectoral, que estaba en el segundo piso del convento, y desde cuyas ventanas percibíase, de un lado la huerta conventual y la llanura del campo, y del otro, las calles de la villa. Era una tarde amena, escondíase un sol propicio á las jácaras

y no á las elegías, y finábase un día veraniego, caliente, dorado y alegre, como el vino castellano de Rueda.

—Dígame Vuestra Reverencia, madre—comenzó diciendo la Observante,—¿deberé confesar como pecado el haberme despojado del cilicio estos días? ¡Fray Diego es tan escrupuloso!

—Hermana—contestó la Priora,—esa es falta menor, si seguís cuidando de la mortificación del espíritu.

LA OBSERVANTE.—¡Ay! El enemigo me acecha.
LA PRIORA.—Será tal vez el pícaro demonio de las burlas.

LA OBSER.—No, madre. Es el peor de los demonios. El del recuerdo.

A esto la Priora santiguóse y dijo:

—¡El cándido Cordero de Dios nos acompañe!

LA OBSER.—Madre: vos fuísteis gran letrada en el siglo. Y recuerdo que la santa madre, y el santo padre Fray Juan de la Cruz, tenían os en grande estima, y os ponderaban con extremo.

LA PRI.—Vanidades de la tierra, mi hija. Eso no añoraremos más, y Dion sea servido.

Y las manos abaciales movían las gruesas cuentas del rosario, que sonaban unas con otras como tablillas de lazario.

LA OBSER.—¡Ay, madre, feliz vos! Direos que he tenido antinoche un conato de disipación. Díome el intento de escribir unas glosas.

LA PRI.—¿Glosas de qué, y á quién? Místicas y divinas, por de contado.

LA OBSER.—No lo fueron, y cortara mis manos, Reverencia. Pero ¡ay! que mientras las escribía vinieron fantasmas del mundo á visitarme.

LA PRI.—Hermana, tornad á vuestro cuerpo el cilicio. Diez años há que vivo en esta santa casa, y diez años há que escribí mis últimos versos.

LA OBSER.—¿Son esos que en papel amarillento ya, y con tinta que pierde la color, ví el otro día?

LA PRI. (Con cierto sobre salto)—¿Dónde, mi hermana.

LA OBSER.—Entre las hojas del «Libro de María Egipcíaca», que me hicisteis la merced de prestarme.

LA PRI.—¡Ah!

LA OBSER.—Placiéronme y los recuerdo. Titúlense, veréis: «El blanco rosal que se deshoja».

LA PRI. (Entre una sonrisa y un suspiro).—Es verdad. Un soneto, aunque de rima suelta.

LA OBSER.—Os mostraré que me lo sé hasta el fin. Escuchad, si es así:

(Detiéndose un punto, toma memoria, y con suave y reposada voz, comienza á recitar):

Mi corazón es un rosal florido,
un frondoso rosal de blancas flores;
vos lo sabéis muy bien que habéis cogido
de sus últimas rosas las mejores.

Si una bárbara mano le menea,
su flor responde al enemigo gesto.
Cuando alguien con guijarros me apedrea,
con pedrea de rosas le contesto.

Pero ¡ay!, pobre rosal de triste suerte,
entre la vida y vos, sois más que el fuerte
vendaval de las furias repentinas.

Y como vais, crueles, deshojando
sus flores poco á poco, van quedando
solamente en sus ramas las espinas.

Con lo que terminando la Observante su declamación, quedaron las dos en silencio, y con los ojos humillados.

LA PRI.—¡Ay, hermana! Soy ahora yo quien doblará sus cilicios. Es cierto que el demonio del recuerdo ha hecho presa de vos.

LA OBSER.—Pero, madre, puesto que de diez años á esta parte no habeis vuelto á escribir...

La Priora, como enojada con tales discursos, cogió al azar un «Eucologio» de sobre el bufetillo contigo y comenzó á leer ó á fin-



gir como que leía. La Observante, para imitarla, tomó del mismo lugar un «Libro de horas». Y quiso tal vez el pícaro demonio de las burlas, que lo abriese por donde había un blanco papel, en cuya cabecera, con tinta que se veía fresca y reciente, estaba escrito: Soneto.

Advirtiólo la despierta Sor Madre del Divino Amor, y dijo al punto:

—Véis que como los años han hecho borrosa la lectura del que sabéis, tomé partido de trasladarle á ese nuevo papel.

La Observante no quiso ser indiscreta para inquirir si ciertamente trataba de copiar aquellos antiguos y dolientes versos de melancolía, ó de escribir otros nuevos, fruto de más reciente inspiración.

Pero aunque lo hubiese querido, habría sido inútil, porque en esto sonó el grave tintineo de una campana que anunciaba que el tiempo del recreo había dado fin, y por entre los senderos del huerto bordeados de boj y de romero, tornaban á la casa las novicias como un blanco rebaño, y las madres, graves, pasaban del emparrado al claustro bajo, ya silenciosas, porque la parleta había concluído.

La Observante no tuvo más remedio que abandonar el «Libro de horas» porque la Prelada había salido de la celda, y avanzando por la galería, que ya la luna acariciaba, marchaba con reposado y triste andar á la capilla, para presidir á las buenas religiosas en la oración nocturna.

PEDRO DE RÉPIDE

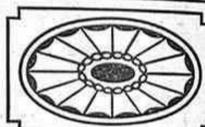
DIBUJOS DE ECHEA



ATEL
* B...



EN EL INSTITUTO RUBIO
INAUGURACIÓN DEL PABELLÓN ROMANONES



El hospital fundado y gobernado por el gran cirujano, maestro de maestros, don Federico Rubio, evoluciona y prospera incesantemente, pudiéndose parangonar, siempre y en todo momento, con las instituciones similares del extranjero, donde la ciencia y el arte quirúrgico funcionan en todo su esplendoroso y práctico apogeo. Doce años hace que no visitábamos el nosocomio creado por don Federico Rubio y, en honor de la verdad, hemos de decir que la institución se halla á la altura de las mejores clínicas de cirugía operatoria que más crédito profesional gozan en Europa y en los Estados Unidos de América. Este hecho honra y enaltece á los sucesores del doctor Rubio: al Conde de San Diego y al actual director del Instituto, Dr. Cervera.

El señor Conde de Romanones ha tenido una iniciativa digna de los multimillonarios del Norte de América. Si el gesto de este prócer tuviera imitadores en España, pronto saldría la profesión médica nacional del estado miserable, por falta de recursos técnicos, en que se halla en la actualidad.

El señor Conde de Romanones ha realizado una obra de caridad, sin omitir gasto ni detalle; única forma de que perdure su original iniciativa y de que sus beneficiosos efectos tengan positivo y práctico resultado.

Don Alvaro de Figueroa ha hecho un desembolso inicial de unas



S. M. la Reina doña María Cristina, hablando con uno de los niños enfermos instalados en el Pabellón Romanones

400.000 pesetas, importe de la construcción del pabellón que lleva su nombre y del mobiliario necesario. Ha dotado, además, la clínica allí establecida para niños cojos, de todo el material, aparatos, instrumental necesario para el tratamiento de estas afecciones, con tal lujo y esplendor que podrá enorgullecerse cuando sea visitado el pabellón por profesionales extranjeros, el crítico más exigente encontrará cubiertas las prescripciones científicas modernas. A la amabilidad de los doctores López Campello, Luis Yagüe y López Durán, debo el conocimiento de los menores detalles sobre el funcionamiento actual del Instituto Rubio y del nuevo pabellón de ortopedia quirúrgica, siéndonos verdaderamente grato publicar el nombre de estos ilustres médicos, que bajo la dirección del doctor Cervera, realizan constantemente, y sin ruido ni ostentación, obra del más elevado altruismo; dedicando por entero una vida inteligente y laboriosa á curar las dolencias de los seres humildes ó, por lo menos, á mitigar sus dolores.

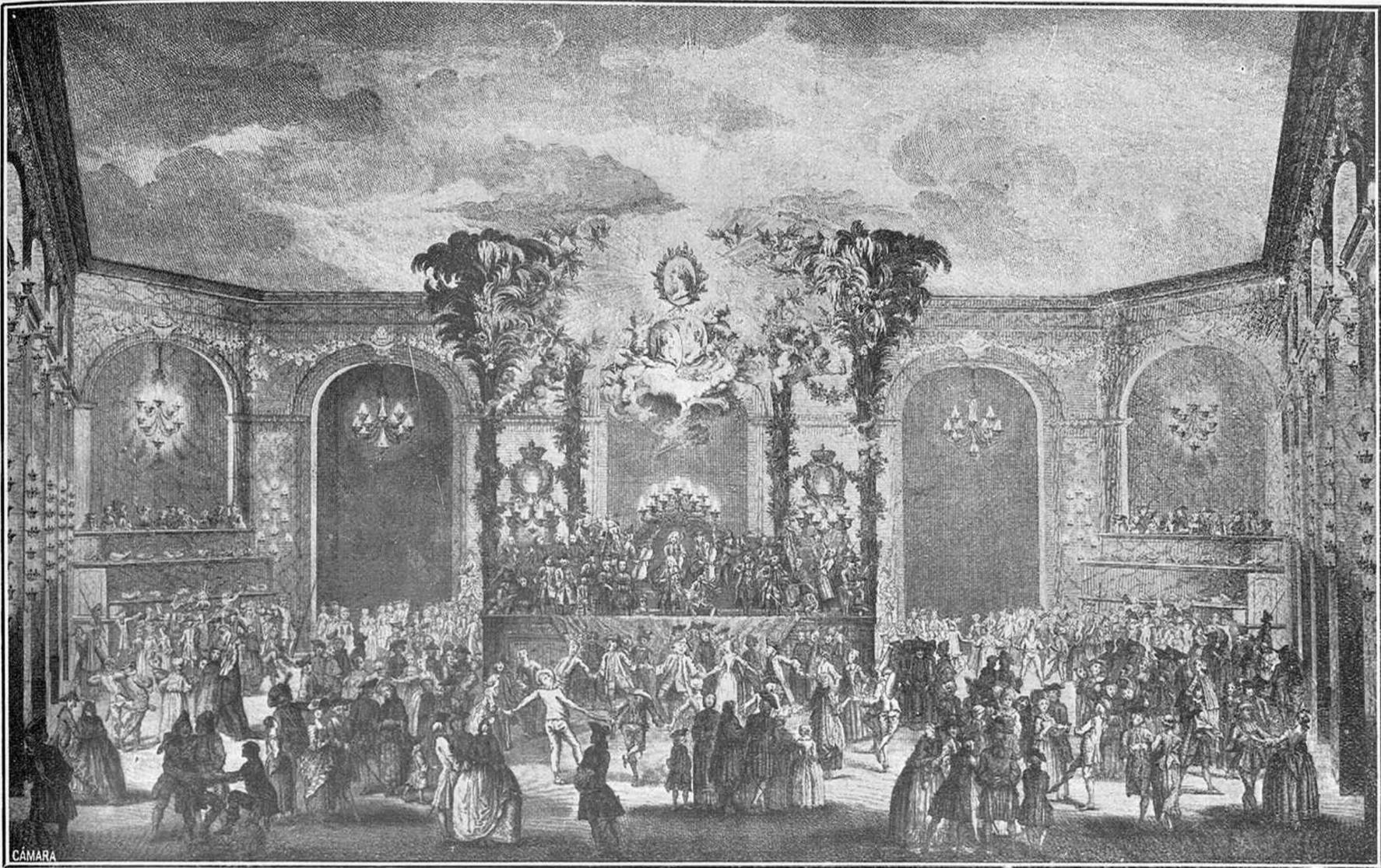
La inauguración oficial del pabellón Romanones, revistió caracteres de solemnidad nacional, realzando la brillantez del conmovedor y simpático acto, la presencia de S. M. la Reina María Cristina y de S. A. R. la Infanta Isabel. Entre la numerosa y selecta concurrencia se encontraba doña Sol Rubio, hija del fundador del Instituto.



Vista general del Pabellón Romanones, inaugurado en el Instituto Rubio el día 2 del actual, con asistencia de la Reina doña María Cristina



La Reina doña María Cristina, acompañada del príncipe Pio de Saboya, de la infanta doña Isabel y el director del Instituto Sr. Cervera



Vista interior de la sala de fiestas de la Plaza Dauphine, durante un baile de máscaras en el siglo XVIII
DE UN GRABADO DE LA ÉPOCA

y creó su Trianón, para satisfacer sus deseos de diversiones campestres. Bajo los castaños en flor, al borde del lago en que se reflejaban las flores, hizo construir un pabellón cubierto donde la orquesta de Palacio dejara oír la música de su gusto, en tanto que la Corte se solazaba con el baile en los jardines.

Allí contempló la Soberana por última vez el fastuoso golpe de vista que ofrecían las damas y los caballeros entregados a la frívola diversión. Bien podía aprovechar aquellos momentos la infeliz reina, á cuyos ojos habría de ofrecerse algún tiempo después el espectáculo horripilante de las turbas hambrientas que entraban á saco en su Trianón, destrozándolo todo en su insaciable anhelo de venganza, y algunos días más tarde, el de las mismas turbas desenfrenadas que se apoderaban de ella para conducirla al Temple, y del lóbrego calabozo al cadalso, aún enrojecido por la sangre de su esposo, donde su cabeza cayó al rudo golpe de la cuchilla.

Queriendo suprimir el Terror todos los recuerdos reales, Trianón convirtiéndose en tenderete de un expendedor de refrescos. Sobre las mesitas rústicas en que la Soberana hacía servir en tacitas de porcelana la leche de sus vacas de Normandía, los ciudadanos bebían vino de Argenteuil, y en aquellos prados en que la hija de María Teresa bailaba el minué, la pavana y el vals á tres tiempos, á los acordes de la música de Rameau ó de Mozart, las señoras de los Mercados entregábanse á las delicias de la Carmañola y de la Fricasé.

Correspondió al segundo imperio renovar los bailes y las mascaradas elegantes; primero los famosos lunes de la hermosa emperatriz Eugenia, luego las fiestas de las Tullerías, las recepciones en

los Ministerios. Famoso fué el baile que dió el ministro de Marina de Napoleón III. En él fué acogida con grandes aplausos la presentación de una interesante mascarada.

Representaba ésta las cinco partes del mundo, personificadas por las más bellas damas de la Corte, que eran conducidas en palanquines por cadetes de Saint-Cyr y oficiales de Lanceros. La Emperatriz apareció materialmente cubierta de brillantes. Eran todas las riquezas de la Corona de Francia y en torno de aquel astro deslumbrador de la femenil hermosura, aparecían las más famosas beldades de su tiempo.

Destronada la Emperatriz, los salones no volvieron á abrirse hasta 1878.

De nuevo la galería de los espejos de Versalles pudo reflejar espléndidos festivos regios.

Correspondió á la tercera república la gloria de resucitar el pasado. En 1885 se verificó en

casa de la Princesa de Sagan el célebre baile zoológico, que dejó imperecedero recuerdo por su originalidad. La princesa presentóse disfrazada de pavo real y todos los nobles de Francia concurren vestidos de animales.

□□□

Tanto por el espectáculo de alegría y de brillantez que durante la semana del Carnaval ofrecíase en las calles como por lo suntuoso de las fiestas aristocráticas con que se celebraba en los palacios, Roma y Venecia han dejado también imborrable recuerdo.

La ciudad de los Dux hízose famosa por estas expansiones carnalescas. Bajo los vistosos disfraces todas las pasiones desatadas manifestábanse libremente; intrigas y venganzas, conspiraciones y amores encubiertos bajo la máscara, aprovechábanse de su impunidad para satisfacerse, y tanto los espléndidos bailes como las pintorescas mascaradas solían desenlazar de un modo trágico y sangriento. Sólo con las fiestas báquicas de Roma pueden compararse los licenciosos festivales venecianos de aquella época célebre en la Historia por su licencia y su perversidad.

El Carnaval romano tuvo también épocas brillantes y su Corso teatro de todos los regocijos públicos, ha ofrecido espectáculos tan espléndidos como el de las carreras de caballos con que terminaban diariamente los festejos de Carnaval. La costumbre de arrojar bombones, confites y grajas existe en Roma desde hace mucho tiempo. En las calles entablábanse verdaderas batallas que daban á la fiesta extraordinaria alegría. También eran frecuentes las escenas cómicas y las representaciones grotescas de enmascarados, en el Corso.

Al anochecer las luces juga-



Baile de máscaras efectuado en el Palacio Real de Versalles en 1763, al que asistió el Rey Luis XV y toda la Corte
DE UNA ESTAMPA DE LA ÉPOCA

ATENEON
BIBLIOTECA
17-18-19

ban un papel importante en los regocijos de Carnaval, los balcones y las ventanas iluminábanse con faroles de papel transparente; en los carruajes brillaban luces multicolores, y era también costumbre, entre todos los que asistían á la fiesta, llevar una antorcha encendida. Lo más interesante de esta diversión consistía en apagarse unos á otros la luz de que eran portadores y para volverla á encender en la que encontraban más próxima, procurando apagar ésta al mismo tiempo, entablábanse verdaderos pugilatos.

También en España fueron las bulliciosas fiestas del Carnaval, objeto de la atención y aun de la preferencia de algunos soberanos. El Rey Poeta organizó, en el Buen Retiro, un baile de máscaras que dejó memoria por su extraordinaria esplendidez, con el objeto de festejar la elevación al trono de Rumanía, de su hermano político el Rey de los húngaros.

En un recinto que mandó construir exprofeso, de tan extraordinaria capacidad que en él podrían tener cabida, holgadamente, más de tres mil personas, efectuóse la hermosa fiesta, á la que el Rey asistió con toda la corte, vistiendo todos pintorescos trajes de máscara. Durante la noche, el amplio local, artísticamente engalanado con tapices y guirnaldas de flores, y en el que una iluminación de 7.000 luces contribuía á aumentar la visualidad del conjunto, presentaba un golpe de vista deslumbrador.

La gazmoña camarilla de Fernando VII logró suprimir estos públicos regocijos reduciendo el Carnaval á una fiesta casera; pero en cambio de esta rigurosa restricción, durante la Regencia de Doña María Cristina, tanto el jolgorio popu-

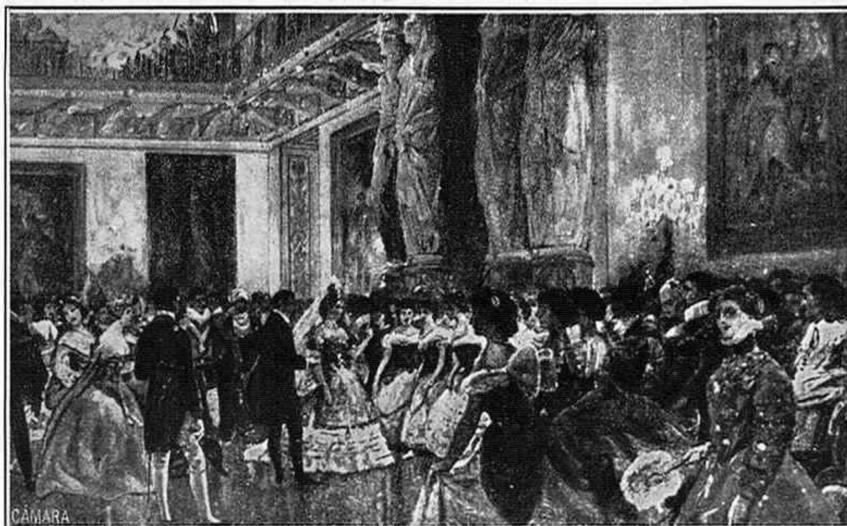
lar, como los bailes de máscaras, recobraron su auge, ofreciendo aspecto más alegre y pintoresco del que hasta entonces habían tenido en España. ¡Oh, bulliciosas fiestas palatinas, espléndidos bailes de máscaras de los regios salones! Si es verdad que habéis ofrecido á la contemplación de los ojos, admirables cuadros de

siempre útiles y provechosos, no siempre de engrandecimiento y de gloria á los destinos de la humanidad.

Reinando la mujer como soberana absoluta en esos espectáculos y doblegadas al poderoso dominio de su belleza y de su gracia las voluntades todas, aun las de aquellos cuya aparente inflexibilidad era garantía de la buena gobernación de los Estados, cuantas veces vuestro capricho no se habrá impuesto á la justicia y á la razón y ante un ruego formulado por vuestras boquitas sonrientes, frescas, prometedoras de compensaciones deliciosas, ayudadas del influjo magnético de la mirada insinuante de vuestros ojos lánguidos ó ardientes, no habéis logrado torcer esa inflexible voluntad de reyes y de palaciegos, de privados y de ministros, para lograr que se sacrifique la equidad y el bien público á vuestros deseos y vuestras pasiones, cambiando á veces los destinos del mundo y la suerte de los humanos.

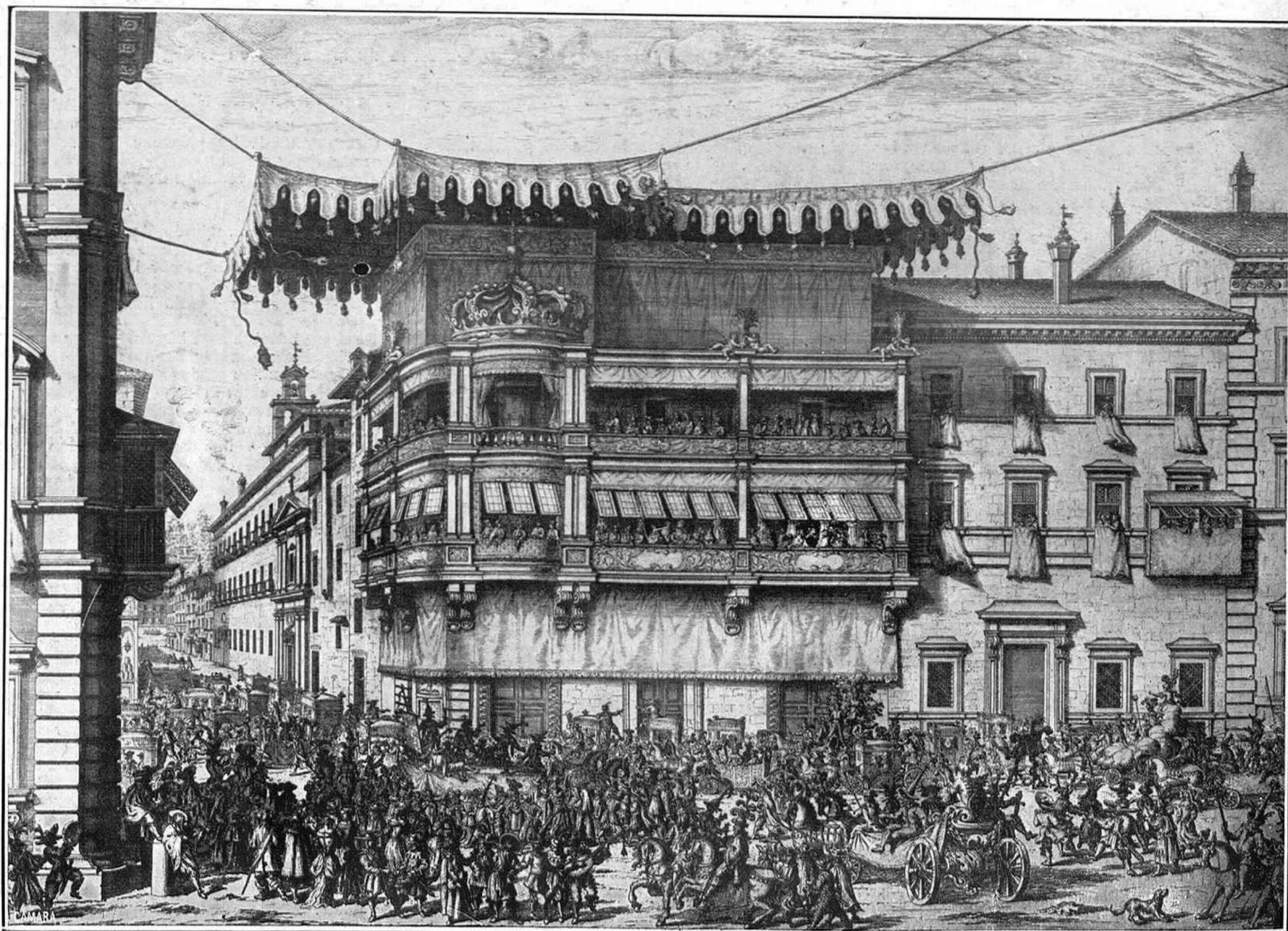
Pues si habéis podido ejercer siempre ese influjo tan poderoso por virtud de vuestra belleza y vuestra gracia, á la que se rindieron las más rígidas voluntades, ¿qué valladar habría de resistir á vuestros anhelos intrigantes, á vuestros antojos irreflexivos y egoístas, bajo el disfraz y la careta que al realzar vuestra hermosura con los encantos del misterio, al permitirnos mayores licencias y libertades de acción y de palabra había de hacer más apetitosos vuestros sugestivos encantos y más encantadoramente deliciosas las promesas de vuestros ojos enloquecedores?...

JUAN BALAGUER



Baile de máscaras celebrado en el Palacio de las Tullerías en 1863, con el que la Emperatriz Eugenia obsequió á las damas de la Cor.

color y de luz, manifestaciones suntuosas de lujo y de riqueza, de alegría y de ingenio, cuya sugestiva visión nos han legado crónicas y pinceles á los que no pudimos presenciar aquellos soberanos espectáculos de otras épocas, también es verdad que vuestra frívola apariencia, vuestro superficial encanto ha tenido influencia decisiva en la historia, marcando rumbos no



Perspectiva de la Plaza de San Marcos, de Roma y aspecto de la tribuna en que la Reina de Suecia presenció el desfile de enmascarados y comparsas durante los días de un carnaval del siglo XVI

DIBUJO Y GRABADO DE GIO BATTÀ

EL REY Y EL CINEMATÓGRAFO "KOK"



CÁMARA

S. M. el Rey Don Alfonso XIII viendo funcionar el aparato de impresionar películas del cinematógrafo de familia "Pathé KOK Frères" durante la cacería de Láchar

Con motivo de las cacerías regias y del viaje que hizo á Granada S. M. el Rey, los representantes en España del precioso cinematógrafo de familia *Pathé KOK Frères* obtuvieron interesantes cintas de los varios incidentes de la jornada. S. M., queriendo conocer el funcionamiento del aparato, detúvose á examinarlo minuciosamente, é impuesto en su manejo por el señor Vilaseca, elogió mucho su sencillez y su perfección, mostrando gran interés por conocer las cintas impresionadas, que muy pronto podrán contemplar los poseedores del precioso cinematógrafo de familia.

ATENEU
BIBLIOTECA
MADRID

EL REY EN LA ALHAMBRA, DE GRANADA



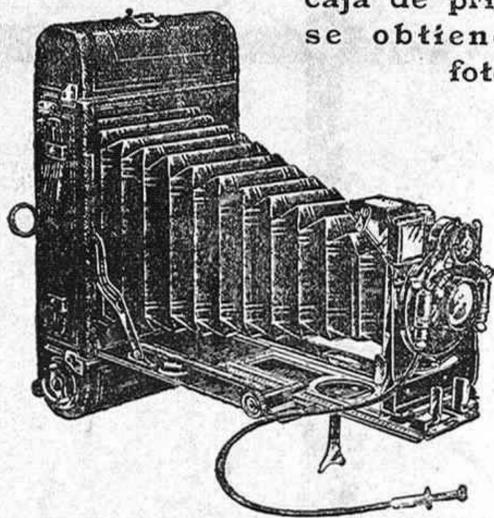
S. M. el Rey Don Alfonso XIII visitando el patio de los Leones, de la Alhambra, acompañado del arquitecto conservador del edificio, Sr. Cendoya, y de otras ilustres personalidades

FOT. VILASECA

ATENE
BIBLIOTECA
MADRID

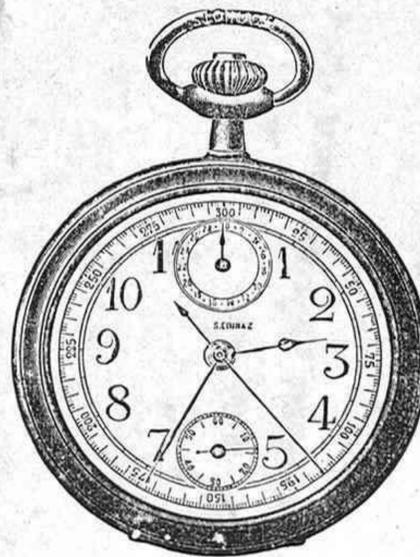
CON UNOS CÉNTIMOS AL DIA, SE PUEDE ADQUIRIR

"SUEÑO IDEAL" 9x12, PARA PLACAS y PELÍCULAS marca "ERNEMANN", y una caja de prismas, con el que se obtienen magnificas fotografías



Pesetas 8,00
al mes,
en 24 meses;
al contado,
pesetas 163,20

LEPINE, ORO DE LEY
DE 18 QUILATES,
CUBETA DE ORO

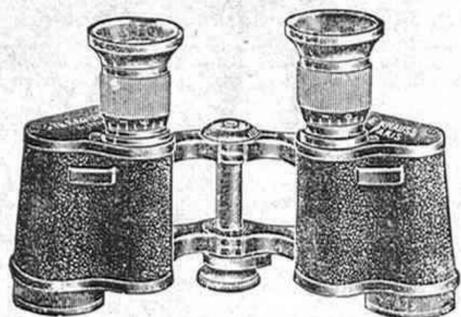


CRONÓGRAFO
CONTADOR,

Primera calidad,
esfera blanca,
... 19 líneas ...

Ptas. 18,75 al mes,
en 20 meses
AL CONTADO:
Ptas. 318,75

GEMELOS PRISMÁTICOS,
DIEZ VECES DE AUMENTO
MARCA "VALETTE", SERIE "LOICO"



CAMPO GRANDE,
AUMENTO GRANDE

VOLUMEN
REDUCIDO
GRAN POTENCIA
Y CLARIDAD

Ptas. 9,00 al mes, en 15 meses

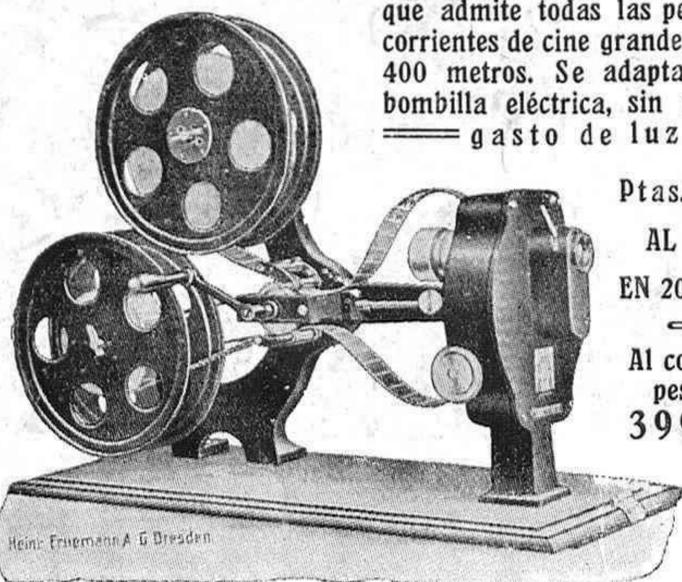
Bicicleta LA INGLESA, con neumáticos HUTCHINSON



y dos frenos a las llantas con rueda libre. :: Llantas niqueladas, con filetes en colores

Ptas. 12,25 al mes,
en 20 meses
AL CONTADO: Ptas. 208,25

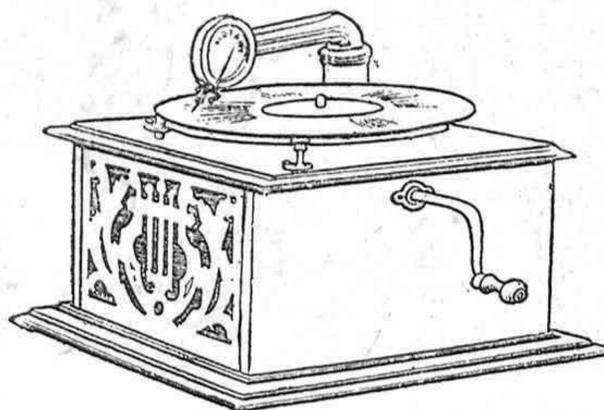
"KINOX ERNEMAN" CINEMATÓGRAFO DE SALÓN



que admite todas las películas corrientes de cine grande, hasta 400 metros. Se adapta a la bombilla eléctrica, sin ningún gasto de luz

Ptas. 23,50
AL MES,
EN 20 MESES
Al contado:
pesetas
399,50

Máquina parlante sin bocina, con 30 discos dobles, marca "Homokord", ó sean 60 piezas á elegir



SONORIDAD
Y
ELEGANCIA

Ptas 11,75 al mes, en 24 meses
Al contado: ptas. 239,70

PÍDASE CATÁLOGO ILUSTRADO Y CONDICIONES DEL OBJETO QUE SE DESEA, Á LA CASA
S. LOINAZ y Comp.^a --Prim, 39, SAN SEBASTIAN
Y SE RECIBIRA GRATIS POR CORREO

